

No Cruz, No Corona

por William Penn

Prólogo

El tratado titulado “No Cruz, No Corona,” escrito por William Penn (1644-1718) durante su encarcelamiento en la Torre de Londres, en 1668, ha sido apropiadamente considerado como una de las mejores producciones de su pluma. Su educación y posición social lo capacitaron de manera eminente para juzgar el vacío, la vanidad y el pecado los placeres terrenales y la conformidad con el mundo que él censura aquí, y en contra de los cuales produce tales argumentos decisivos a partir de las Sagradas Escrituras. Admirado y cortejado por sus talentos y logros, amado por su amabilidad y buenos modales, con el camino hacia el honor y la preferencia abierto delante de él, tenía todos los incentivos que el mundo podía ofrecer para perseguir sus gratificaciones. Pero en el vigor y frescura de la juventud, cuando todo lo que tenía delante de él era brillante y prometedor, en obediencia a la voluntad de su Padre celestial, William Penn abandonó voluntariamente sus oportunidades de honor y ventaja terrenales, renunció a las modas y costumbres de la época, y vivió una vida seria y de abnegación, en conformidad al ejemplo de los hombres santos de la antigüedad y a los preceptos de nuestro Señor y Sus apóstoles, como se establecen en las Escrituras de la Verdad.

Como consecuencia de este cambio, sufrió mucha oposición de sus familiares y amigos, e incluso fue desterrado de la casa de su padre. Pero ni estas pruebas ni su posterior encarcelamiento, pudieron quebrantar su confianza ni inducirlo a renunciar a lo que creía que era su deber religioso. Y Dios, a quien se esforzaba por servir y honrar en medio del escarnio y oprobio, no solo lo sostuvo por encima del temor del hombre, y llenó su alma de paz y contentamiento, sino que le devolvió su lugar en la estima y afectos de sus parientes, y lo convirtió en una persona honorable ante los ojos del mundo por sus virtudes cristianas. Su padre lo amaba con mayor ternura, y con su último aliento dio testimonio a favor de los principios religiosos que su hijo había adoptado.

William Penn tenía veinticuatro años de edad cuando escribió “No Cruz, No Corona.” Por lo tanto, este tratado no procedió del hastío del mundo, o de ese disgusto que surge de muchos años de entrega a los placeres. Fue el resultado de una inspección pausada y deliberada de la conducta y costumbres del mundo, desde la perspectiva del ojo de un cristiano sincero y devoto. Él pensó, sintió y escribió, como alguien consciente de la dignidad y de los dotes nobles del hombre, y de su destino supremo como un ser inmortal. La solidez del argumento, la profundidad de la experiencia cristiana, la moralidad elevada y la religión pura, que abundan en esta obra, hacen que sea recomendable a la lectura seria y atenta de todas las denominaciones del cristianismo.

—WILLIAM EVANS & THOMAS EVANS

Editores de The Friends Library — 1837

Prefacio de William Penn

Lector, el gran asunto de la vida del hombre es responder al propósito para el cual vive; y esto es, glorificar a Dios y experimentar Su salvación. Este es el decreto del cielo, tan antiguo como el mundo. Pero la triste verdad es que lo que menos le importa al hombre es lo que debería importarle más, y se niega a investigar su propio ser, su origen, su deber y su propósito; escogiendo más bien dedicar sus días a satisfacer el orgullo, la codicia y el placer de su corazón, como si hubiera nacido para sí mismo, o se hubiera dado vida a sí mismo, y no estuviera sujeto al ajuste de cuentas y juicio de un Poder superior. El pobre hombre se ha causado esta lamentable situación, por su desobediencia a la ley de Dios en su corazón, al hacer lo que sabe que no debería hacer y dejar de hacer lo que sabe que debería hacer. Mientras esta enfermedad continúe sobre el hombre, hará de Dios su enemigo y a sí mismo incapaz de recibir el amor y la salvación que Dios ha manifestado al mundo por medio de Su Hijo Jesucristo.

Si tú, lector, eres tal persona, mi consejo para ti es que te retires a tu interior y observes la condición de tu alma; porque Cristo te ha dado luz con la que puedes hacerlo. Escudriña cuidadosa y completamente; tu vida depende de ello; tu alma está en juego. Tu vida solo la vives una vez; si la abusas, la pérdida es irreparable; el mundo no es recompensa suficiente para rescatarte. ¿Entonces, por un mundo como este, ignorarás el tiempo de tu visitación y perderás tu alma? Oh, no provoques que Dios te rechace. ¿Sabes qué es ser rechazado? Es Tofet; es el infierno, la angustia eterna de los condenados.

Oh Lector! Cómo uno que conoce los terrores del Señor, te aconsejo que seas serio, diligente y ferviente con respecto a tu propia salvación! Como uno que conoce el consuelo, la paz, la alegría y el placer de los caminos de justicia, te exhorto e invito a abrazar las reprobaciones y convicciones de la luz y Espíritu de Cristo en tu propia consciencia, y llevar el juicio de tu pecado. El fuego sólo quema el rastrojo; el viento sólo sopla la paja. Rinde tu cuerpo, alma y espíritu a Él, quién hace todas las cosas nuevas—nuevos cielos y nueva tierra, nuevo amor, nuevo gozo, nueva paz, nuevas obras, una nueva vida y conducta. Los hombres se han vuelto corruptos e inmundos por causa del pecado, y deben ser salvados por medio del fuego, que los purifica. Por esta razón la Palabra de Dios se compara con un fuego y el Día de salvación con un horno; y Cristo Mismo con un refinador de oro y un purificador de plata.

Ven, lector, escúchame por un momento; busco tu salvación; esa es mi intención. Un Refinador se te ha acercado, Su gracia se te ha aparecido, una gracia que te muestra los deseos mundanos y te enseña a negarlos. Recibe Su levadura y ella te cambiará; Su medicina y ella te curará. Él es infalible y gratuito. Un toque de Su manto lo hizo en la antigüedad, y todavía lo hará, porque Su virtud es la misma y no puede agotarse. En Él mora la plenitud; Bendito sea Dios por Su suficiencia! Puso el socorro sobre Él para que pudiera ser poderoso para salvar a todos los que vengan a Dios por medio de Él. Hazlo así y te transformará. Sí, “cambiará tu vil cuerpo, para que sea hecho semejante a su cuerpo glorioso, según la operación de Su poder por el cual puede también sujetar a Sí todas las cosas.”¹ ¿Qué, pues, debemos

hacer para experimentar Su poder y amor? Esta es la corona, pero, ¿dónde está la cruz? ¿Dónde está la copa amarga y el bautismo sangriento? Ven, lector, sea como Él. Por este gozo trascendental, levanta tu cabeza por encima del mundo; y entonces tu salvación se acercará verdaderamente.

La cruz de Cristo es el camino de Cristo a la Corona de Cristo. Este es el tema del siguiente discurso—escrito por primera vez durante mi encierro en la torre de Londres en el año 1668, ahora reimpresso para que seas ganado para Cristo; o si ya has sido ganado, llevado más cerca de Él. Es un camino al que Dios, en Su bondad eterna, guió mis pies en la flor de mi juventud, cuando tenía como veintidós años de edad. Él me tomó de la mano y me sacó de los placeres, vanidades y expectativas del mundo. He probado los juicios de Cristo y Sus misericordias, y el desprecio y oprobio del mundo. Me gozo en mi experiencia y la dedico a tu servicio en Cristo. A mi país y al mundo de los cristianos la dejo. Que Dios, si le place, la haga efectiva para todos ellos, y vuelva sus corazones de esa envidia, odio y amargura que tienen los unos contra los otros por cuestiones mundanas—sacrificando la humanidad y la caridad por la ambición y la codicia, por las cuales llenan la tierra de angustia y opresión. Y que reciban el Espíritu de Cristo en sus corazones, cuyos frutos son amor, paz, gozo, templanza y paciencia, afecto fraternal y caridad; y así en cuerpo, alma y espíritu hagan una liga triple en contra del mundo, la carne y el diablo, los únicos y comunes enemigos de la humanidad. Y así, habiendo conquistado a sus enemigos por el poder de la cruz de Jesús, y a través de una vida de negación de sí mismos, al final lleguen al descanso eterno y reino de Dios.

Así desea y ora tu ferviente amigo cristiano,

—WILLIAM PENN.

Capítulo I

Un Cristianismo sin Cruz

Aunque el conocimiento y la obediencia a la doctrina de la cruz de Cristo, es de una importancia infinita para las almas de los hombres—siendo la única puerta al verdadero cristianismo y el camino que los antiguos siempre anduvieron hacia la bendición—sin embargo, con extrema aflicción, déjenme decirles, es tan poco entendida, tan descuidada, y lo que es peor, tan amargamente contradicha por la vanidad, superstición e intemperancia de los cristianos profesantes. De hecho, tal es el estado de las cosas en este día, que debemos o renunciar a la creencia de lo que el Señor Jesús nos ha dicho, que “el que no lleva su cruz cada día, y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo;”¹ o, admitiendo que es la verdad,

1 Filipenses 3:21 RV1602P

1 Lucas 9:23, 14:27

concluir que la mayoría de los cristianos miserablemente se engañan a sí mismos con el gran asunto del cristianismo, y defraudan su propia salvación.

Porque, aunque seamos los más tiernos y caritativos posible en nuestra consideración de esas naciones que pretenden estar interesadas en el santo nombre de Cristo, si vamos a ser justos también, debemos reconocer que después de todas las ventajas bondadosas de la luz que estas últimas generaciones del mundo han recibido, por la venida, vida, doctrina, milagros, muerte, resurrección y ascensión de Cristo, con los dones de Su Espíritu Santo, a lo cual podemos agregar los escritos, las obras y los sufrimientos de Sus queridos seguidores en todos los tiempos, parece que queda muy poco del Cristianismo aparte del nombre. Y lamentablemente, el nombre de Cristiano, siendo ahora usurpado por la vieja naturaleza y vida pagana, hace que muchos de sus profesantes sean nada más que verdaderos paganos disfrazados. Porque aunque ellos no adoran los mismos ídolos, adoran a Cristo con el mismo corazón; y nunca podrán hacer otra cosa, mientras vivan en los mismos deseos. El cristiano no crucificado y los paganos son de la misma religión.

Porque, aunque tienen diferentes objetos a los que dirigen sus oraciones, aun así, la adoración de ambos es forzada y ceremoniosa, y la deidad que realmente adoran es el dios de este mundo, el gran señor de los deseos; ante él se inclinan con todos los poderes del alma y de los sentidos. ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? ¿Y cómo pasaremos nuestro tiempo? ¿De qué manera podemos acumular riquezas, aumentar el poder, expandir nuestros territorios, y dignificar y perpetuar nuestros nombres y familias en la tierra? Esta sensualidad vulgar es comprendida por el amado apóstol Juan en estas palabras: “Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, los cuales no provienen del Padre, sino del mundo que está yace en la maldad.”²

Es una reflexión triste, pero una realidad que no se puede negar, que estos deseos mundanos llenan la gran parte del estudio, atención y conducta del cristianismo. Y, lo que agrava la miseria es que estas cosas crecen con el tiempo. Porque a medida que el mundo envejece, se pone peor. Los ejemplos de los depravados siglos antiguos y sus miserables finales, no han disuadido, sino más bien alentado el nuestro. De hecho, el pueblo de este día, parece que ha perfeccionado la vieja escuela de la impiedad, y la ha llevado mucho más allá que los ejemplos antiguos, de modo que, en lugar de avanzar en la virtud, han caído escandalosamente debajo de la vida de los paganos. Su altivez, lascivia, inmundicia, embriaguez, sus juramentos, mentiras, envidias, murmuraciones, crueldades, traiciones, su codicia, injusticia y opresión, son tan comunes y cometidas con tal creatividad y exceso, que han hecho que los incrédulos tropiecen y se endurezcan, y que menosprecien esa religión santa a la que debieron haber ganado sus afectos mediante su buen ejemplo.

² 1 Juan 2:16, 5:19

Esta miserable deserción de los tiempos primitivos (cuando la gloria del cristianismo era la pureza de sus profesantes) no puedo sino llamarla la segunda y peor parte de la tragedia que vino sobre el bendito Salvador de la humanidad. Porque los judíos, a partir del poder de la ignorancia y de su prejuicio contra el modo nada mundano de Su aparición, no quisieron reconocerlo cuando vino, y, por lo tanto, durante dos o tres años lo persiguieron y finalmente lo crucificaron en un día. Pero la crueldad de los falsos Cristianos dura mucho más. Ellos primero, como Judas, lo profesaron, y luego, durante estas muchas generaciones, vilmente lo traicionaron, lo persiguieron y lo crucificaron mediante una apostasía perpetua en la conducta, abandonando la abnegación y la santidad de Su doctrina, mostrando con sus vidas la falsedad de su fe. Estos son los que el autor de la epístola a los hebreos nos dice que, “crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y le exponen a vituperio.”³ Juan, en su revelación, llama a sus corazones contaminados, “Sodoma y Egipto en sentido espiritual, donde también nuestro Señor fue crucificado,”⁴ donde vio al Señor Jesús crucificado mucho después de haber ascendido. Tal como Cristo dijo en la antigüedad, que los enemigos del hombre principalmente son los de su propia casa; así los enemigos de Cristo en este día son principalmente los que pretenden ser de Su propia religión. De hecho, estos lo escupen, lo perforan y lo traspasan, lo coronan con espinas, y le dan hiel y vinagre a beber. Y esto no es difícil de comprender; porque aquellos que viven en la misma naturaleza y semilla malignas que los judíos, quienes lo crucificaron externamente, deben necesariamente crucificarlo internamente. Los que rechazan la gracia ahora en sus propios corazones, son uno en linaje y descendencia con los judíos de duro corazón, que resistieron la gracia que entonces apareció en y por Cristo.

El pecado es de una naturaleza en todo el mundo; porque, aunque un mentiroso no es un borracho, ni uno que jura un fornicario, ni ninguno de estos es un asesino, aun así, todos son de una misma iglesia, ramas de una misma raíz impía, todos de una sola familia. No tienen más que un padre, el diablo, como Cristo les dijo a los judíos profesantes, la iglesia visible de esa época. Él tuvo por poco sus pretensiones de Abraham y Moisés, y claramente les dijo, “todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.”⁵ Ellos hacían las obras del diablo, y por lo tanto eran hijos del diablo. Este argumento se mantendrá siempre por las mismas razones, y por consiguiente es todavía bueno. “Sois esclavos,” dice Pablo, “de aquel a quien obedecéis.”⁶ Y Juan le dice a las iglesias de la antigüedad, “nadie os engañe; el que practica el pecado es del diablo.”⁷ ¿Fue Judas un mejor cristiano por haber dicho, “¡Salve, Maestro!” y besar a Cristo? De ninguna manera! Estas palabras fueron la señal de su traición, la señal por la cual los sangrientos judíos lo identificarían y capturarían. Él lo llamó Maestro, pero lo traicionó. Lo besó, pero lo vendió para que lo mataran. Esta es la sustancia de la religión del falso cristiano. Si un hombre les pregunta: “¿Es Cristo su Señor?” Ellos clamarán, “¡Por supuesto! Sí, ¡Él es nuestro Señor!” “Muy bien, pero ¿guardan Sus

3 Hebreos 6:6 RV2009

4 Apocalipsis 11:8

5 Juan 8:34

6 Romanos 6:16

7 1 Juan 3:7-8

mandamientos?” “No, ¿cómo podríamos?” “¿Cómo entonces son Sus discípulos?” “Es imposible,” dicen, “¿Qué! ¿Quieres que guardemos Sus mandamientos? Ningún hombre puede!” Pero, ¿es imposible hacer aquello, sin lo cual Cristo hizo imposible ser cristiano? ¿Cristo demanda algo excesivo? ¿Siega donde no ha sembrado, o requiere lo que no ha hecho posible? Así es que, junto con Judas, lo llaman Maestro, pero se unen con el mal del mundo para traicionarlo. Lo besan y lo abrazan, hasta donde alcancen sus creencias; y luego lo venden para satisfacer las pasiones que más disfrutan.

Que nadie engañe su propia alma; las uvas no se recogen de los espinos, ni los higos de los abrojos; un lobo no es una oveja, ni un buitre una paloma. Cualquiera sea la forma, el pueblo, o la iglesia de la que seas, esta es la verdad de Dios para la humanidad: Los que tienen la forma de la piedad, pero que con sus vidas no crucificadas niegan su poder, componen la iglesia falsa, no la verdadera. Y aunque esta iglesia puede llamarse a sí misma la novia del Cordero, o la iglesia de Cristo, ella es la misteriosa Babilonia, que es debidamente llamada por el Espíritu Santo, “la madre de las ramerías, y de toda abominación.”⁸ Ella se ha degenerado de la castidad y pureza cristianas, a todas las abominaciones de la Babilonia pagana—una lujosa ciudad de la antigüedad, muy conocida como la sede de todos los reyes de Babilonia, y en aquel entonces el lugar de más orgullo y lujo. Como ella era, así es la Babilonia mística, la gran enemiga del verdadero pueblo de Dios.

Es muy cierto que los que nacen de la carne, odian y persiguen a los que nacen del Espíritu, los circuncisos de corazón, los cuales no pueden reconocer, ni adorar a Dios según las invenciones, métodos y prescripciones de Babilonia, ni recibir como doctrina sus vanas tradiciones, ni cumplir con sus corruptas modas y costumbres en su conducta. Y debido a que no se pueden conformar, la Babilonia apostata rápidamente se convierte en perseguidora. No es suficiente que ella misma decline la pureza antigua, otros deben hacerlo también. No les dará descanso a los que no participen con ella en su degeneración ni reciban su marca. ¿Habrá alguien más sabio que ella, que la así llamada iglesia madre? No, no, ni nadie podrá hacer guerra contra la bestia sobre la que monta—esos poderes mundanos que la protegen y prometen mantenerla contra los clamores de sus disidentes. La apostasía y la superstición son siempre orgullosas e impacientes con la disensión. Todos deben conformarse o perecer. Por lo tanto, los testigos muertos y la sangre de las almas debajo del altar se encuentran dentro de los muros de esta Babilonia mística, la gran ciudad de los falsos cristianos, y son cargados sobre ella por el Espíritu Santo en el libro de Apocalipsis.

Los hijos de Babilonia están conquistados tan completamente bajo el dominio de las tinieblas, por medio de su continua desobediencia a la manifestación de la luz divina en sus almas, que han olvidado lo que el hombre fue alguna vez, o lo que ellos deberían ser ahora. Ellos no reconocen el cristianismo puro y verdadero cuando lo ven, aunque se enorgullecen de profesarlo. Su visión de la salvación es tan carnal y falsa, que a lo bueno lo llaman malo y a lo malo bueno. Hacen del diablo un cristiano y de un santo un diablo. Y aunque la injusta indulgencia de sus vidas es una fuente de lamentación (como también de la

⁸ Apocalipsis 17:5

destrucción de sí mismos), sin embargo, la noción falsa de que pueden ser hijos de Dios mientras están en el estado de desobediencia a Sus santos mandamientos, de todos los demás engaños, es el más mortal para su condición eterna. Por desgracia, ellos creen que son discípulos de Jesús aun cuando se rebelan contra Su cruz. Se halagan a sí mismos como si fuesen miembros de Su iglesia verdadera que no tiene mancha ni arruga, a pesar de que sus vidas están llenas de manchas y arrugas. Porque ellos están en paz en el pecado, y bajo seguridad en su transgresión.

Sus esperanzas vanas silencian sus convicciones internas y entierran todos los tiernos movimientos hacia el arrepentimiento, de modo que su error respecto a su deber a Dios es tan malicioso como su rebelión contra Él. Así caminan sobre precipicios y se adulan a sí mismos hasta que la tumba se los traga, y el juicio del gran Dios rompa su letargo y desengañe sus pobres y miserables almas con la angustia de los inicuos como recompensa por sus obras.

Esto ha sido, es y será la perdición de todos los cristianos mundanos—un final tan terrible, que nada más la compasión sería suficiente para incitarme a disuadir a todos en contra de la supersticiones y deseos mundanos, y para invitar a los profesantes del cristianismo al conocimiento y obediencia de la cruz diaria de Cristo como el único camino dado por Él y designado para nosotros, que conduce a la bendición. Mediante esta cruz diaria, los que ahora no hacen sino usurpar el nombre, podrán tener la cosa misma; y por su poder podrán ser partícipes de la resurrección que es en Cristo Jesús para una vida nueva. Porque aquellos que realmente están en Cristo, es decir, redimidos por Él e implantados en Él, son nuevas criaturas. Ellos han recibido una nueva voluntad, una que hace la voluntad de Dios, no la suya. Oran en la verdad, y no se burlan de Dios cuando dicen, “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”⁹ Tienen nuevos afectos, que están puestos en las cosas de arriba, y hacen de Cristo su tesoro eterno. Tienen una nueva fe, una que vence las trampas y tentaciones del espíritu del mundo en ellos mismos, o cuando aparece a través de otros. Y tienen nuevas obras, no de artilugios supersticiosos, ni de invenciones humanas, sino los frutos puros del Espíritu de Cristo obrando en ellos—tales como el amor, gozo, paz, mansedumbre, longanimidad, templanza, afecto fraternal, fe, paciencia y bondad, y contra tales cosas no hay ley.

Aquellos que no tienen este Espíritu de Cristo y no caminan en Él, el apóstol Pablo nos ha dicho que, “no son de Él;”¹⁰ sino que la ira de Dios y la condenación de la ley reposan sobre ellos. De hecho, “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”¹¹ Pero, por esta misma doctrina, los que *no* caminan según dicho Espíritu Santo *no* están en Cristo. Estos no tienen herencia en Él, ni tienen ningún derecho verdadero de reclamar su salvación; y consecuentemente para ellos hay condenación.

9 Mateos 6:10; Lucas 11:2

10 Romanos 8:9

11 Romanos 8:1

Un Reprobador y Salvador Interno

La religión de los impíos es una mentira: “No hay paz,” dice el profeta, “para los impíos.”¹² Y realmente no puede haberla, porque ellos son reprobados en sus propias conciencias y condenados en sus propios corazones por toda su desobediencia. A donde quiera que vayan, la reprensión va con ellos, y muchas veces los terrores también. Él que los compunge es un Dios ofendido, y por Su luz “puso sus pecados delante de sus ojos.”¹³ A veces se esfuerzan por apaciguarlo mediante su devoción y adoración externas, pero en vano; porque la adoración verdadera de Dios es hacer Su voluntad, la cual ellos transgreden. A veces huyen a los juegos y a la compañía para ahogar la voz del Reprobador y desafilar Sus saetas, para ahuyentar los pensamientos conflictivos y resguardarse a sí mismos fuera del alcance del Inquietador de sus placeres. Pero el Todopoderoso, tarde o temprano, seguro que los alcanzará. No hay escape de Su juicio para los que rechazan los términos de Su misericordia. Ciertamente su Acusador está con ellos siempre, no pueden deshacerse de Él más que de sí mismos. Él está en medio de ellos, y se mantendrá cerca de ellos. Ese Espíritu que testifica a favor de los espíritus de los justos testificará contra los suyos. Sí, sus propios corazones los condenarán abundantemente; y “si nuestro corazón nos condena,” dice el apóstol Juan, “mayor es Dios, y conoce todas las cosas;”¹⁴ es decir, no hay escapatoria de los juicios de Dios, si el hombre no es capaz de escapar de la condenación de sí mismo.

En aquel Día, los cristianos orgullosos y ostentosos aprenderán que Dios no hace acepción de personas; que todas las sectas, denominaciones y nombres serán reducidos a estas dos clases: ovejas y cabras, justos e injustos. De hecho, los mismos justos deben ser probados, lo cual hizo que un hombre santo clamara: “Si el justo con dificultad se salva, ¿En dónde aparecerá el impío y el pecador?”¹⁵ Si sus pensamientos, palabras y obras deben ser probados y someterse al escrutinio del Juez imparcial del cielo y de la tierra, entonces ¿cómo los impíos serán eximidos? No, Aquel que no puede mentir nos dijo que muchos dirán, “¡Señor, Señor!” Presentarán su confesión de fe y contarán las obras que han hecho en Su nombre, y sin embargo serán rechazados con esta horrible sentencia; “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”¹⁶ Como si Él hubiera dicho, ‘Buera malhechores! Porque aunque me han profesado, no los conozco. Váyanse de aquí, y vayan a los dioses que han servido; a sus deseos amados, que han adorado, y al mundo maligno que tanto han codiciado y venerado. Que ellos los salven ahora, si pueden, de la ira que vendrá sobre ustedes, que es la paga por las obras que han hecho.’ Aquí está el final de la obra de quienes construyen sobre la arena; el aliento del Juez la derribará, y su caída será lamentable.

12 Isaías 48:22; Isaías 57:21

13 Salmos 50:21 Literal del Inglés

14 1 Juan 3:20

15 1 Pedro 4:18

16 Lucas 13:24-27; Mateos 7:21-23

Pero para los justos la sentencia cambia y el Juez sonríe.  l echa el ojo de amor sobre Sus propias ovejas y las invita con un: “Vengan, benditos de mi Padre, quienes, por medio de su perseverancia en hacer el bien, han esperado por mucho tiempo la inmortalidad. Ustedes han sido los verdaderos compañeros de Mis tribulaciones y de Mi cruz, y que con una fidelidad inquebrantable, en obediencia a Mi santa voluntad, han perdurado valientemente hasta el final, mirándome a Mí, el Autor de su preciosa fe, por el grande galardón, que he prometido para aquellos que me aman y no desmayan. Oh entren en el gozo de su Señor, y hereden el reino preparado para ustedes desde de la fundación del mundo.”

 h Cristiandad! Mi alma ruega fervientemente, que después de todas sus doctrinas elevadas acerca de Cristo y Su religión mansa y santa, no sean rechazados por sus vidas inapropiadas y no cristianas en ese gran tribunal del mundo, y al final pierdan esta salvación tan grande. Esc chenme esta vez, les ruego:  Puede Cristo ser su Señor y ustedes no obedecerlo? O  Pueden ser Su siervo y, sin embargo, no servirle realmente? No se enga nen, lo que siembren, eso también segar n.  l no es su Salvador mientras rechacen Su Gracia en su corazón por la cual los salvaría. Vengan, d ganme  de qué los ha salvado?  Los ha salvado de sus deseos pecaminosos, de sus afectos mundanos y de sus conversaciones vanas? Si no, entonces él no es su Salvador. Porque, aunque se ofrece como un Salvador para todos, sin embargo, es en realidad un Salvador solo para aquellos que son salvos por él; y nadie es salvo por él si todavía vive en los males por los cuales est  perdido para Dios, y de los que él vino a salvarlo.

Es del pecado que Cristo vino a salvar al hombre, y de la muerte y la ira como su paga. Pero aquellos que no son salvos—es decir, verdaderamente liberados por el poder de Cristo en sus almas, del poder que el pecado ha tenido sobre ellos—nunca pueden salvarse de la muerte y la ira que son la paga segura del pecado en el que viven. En la medida que las personas obtienen victoria sobre los deseos malos y carnales a los que han estado adictos, en esa medida son verdaderamente salvos, y testigos de la redención que viene por Cristo Jesús. De hecho, Su nombre muestra Su labor; “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvar  a su pueblo de sus pecados.”¹⁷ “He aquí,” dice Juan de Cristo, “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”¹⁸ He aquí él, a quien Dios ha dado por Luz al pueblo y por salvación a todos los que reciben Su luz y gracia en sus corazones, y toman Su cruz diaria y Lo siguen—aquellos que preferirían negarse a sí mismos el placer de satisfacer sus deseos, que pecar en contra del conocimiento que él les ha dado de Su voluntad, o hacer lo que saben que no deberían hacer.

Capítulo II

La Gran Apostasía

¹⁷ Mateos 1:21

¹⁸ Juan 1:29

¡Oh Cristiandad! Por todo lo que se ha dicho, y por la lámpara que el Señor ha encendido en ustedes (si la usan), debería aparecer evidentemente: Primero, cuán grande ha sido su rebelión; porque en lugar de ser el templo del Señor, se han convertido en una jaula de pájaros inmundos; y en lugar de una casa de oración, son una cueva de ladrones, una sinagoga de Satanás y la morada de todo espíritu inmundo. Y segundo, que bajo toda esta manifiesta deserción, ustedes, sin embargo, han estimado a su “yo” corrupto, basados en su profesión del cristianismo, y se han engañado terriblemente a sí mismos con la esperanza de la salvación. Lo primero hace que su enfermedad sea peligrosa, pero lo último la hace casi incurable.

Sin embargo, hay misericordia en el Dios de compasión, para que sea reverenciado. Él no se deleita en la muerte eterna de los pobres pecadores y rebeldes, sino que desea que todos vengan al conocimiento y a la obediencia de la verdad, y sean salvos. Por lo tanto, ha enviado a Su Hijo como propiciación, y lo ha dado como Salvador para quitar los pecados del mundo entero, para que aquellos que creen en Él y lo siguen, puedan sentir la justicia de Dios en la remisión de sus pecados y en la eliminación de sus transgresiones para siempre. ¡He aquí el remedio! ¡Una cura infalible, escogida por Dios! ¡Un antídoto realmente precioso que nunca ha fallado! ¡Una medicina universal de la que ninguna enfermedad podría escapar jamás!

Pero ustedes dirán, ¿qué es Cristo, y dónde se encuentra? ¿Cómo es recibido y aplicado para que obre esta poderosa cura? Les diré entonces: En primer lugar, Él es la gran Luz espiritual del mundo que “alumbra a todo hombre que viene en este mundo.”¹ Y como Luz, les revela a los hombres sus obras de tinieblas y de iniquidad, y los reprende por haberlas cometido. En segundo lugar, que no está lejos de ustedes, como el apóstol Pablo dijo a los Atenieses con respecto a Dios. Y Cristo mismo dice, “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”² ¿Qué puerta puede ser esta, sino la del corazón del hombre?

Pero, por desgracia, tal como la posada de la antigüedad, ustedes han estado llenos de otros invitados. Sus afectos han hospedado a otros amantes; no ha habido lugar para su Salvador en sus almas. Por lo tanto, la salvación aún no ha entrado a su casa, aunque ha llegado a su puerta, y a menudo se les ha ofrecido, y la han profesado durante mucho tiempo. Pero si todavía llama, si todavía toca la puerta, es decir, si Su luz aún brilla y los reprende, entonces hay esperanza de que su día no haya terminado, y de que el arrepentimiento no esté oculto de sus ojos. Sí, Su amor todavía está hacia ustedes, y Su invitación santa continúa con la intención de salvarlos.

Por lo tanto, ¡Oh Cristiandad, crean, reciban y apliquen a Cristo correctamente! Esto es de absoluta necesidad, para que sus almas vivan para siempre con Él. Él les dijo a los judíos, “Si no creéis que yo

1 Juan 1:9 RV1602P

2 Apocalipsis 3:20

soy, en vuestros pecados moriréis; y a donde yo voy, vosotros no podéis venir.”³ Debido a que ellos no le creyeron, por eso, no lo recibieron, ni obtuvieron ningún beneficio de Él. Pero los que le creyeron, Lo recibieron; “Y a todos los que le recibieron,” dice Su propio discípulo amado, “les dio poder para ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”⁴ Es decir, que estos no son hijos de Dios según las modas, las ordenanzas y las tradiciones de los hombres. Estos no son Su iglesia ni Su pueblo de acuerdo a la voluntad de la carne y la sangre, ni de acuerdo a las invenciones de los hombres carnales que no han experimentado la regeneración ni el poder del Espíritu Santo. No, estos nacieron de Dios, según Su voluntad, y según la operación y santificación de Su Espíritu y Palabra de vida en ellos. Tales como estos están bien familiarizados con la aplicación correcta de Cristo, porque Él verdaderamente les ha sido hecho propiciación, reconciliación, salvación, justicia, redención y justificación.

Así mismo les digo, a menos que crean que Aquel que está a la puerta de su corazón y toca, y que pone sus pecados en orden delante de sus ojos y los llama al arrepentimiento, es el Salvador del mundo, ustedes también morirán en sus pecados; y a donde Él se ha ido, nunca llegarán. Porque si no creen en Él, es imposible que les haga bien o efectúe su salvación. Cristo no obra en contra de la fe, sino por medio de ella. Fue dicho en la antigüedad, que Él no hizo muchos milagros en algunos lugares porque las personas no creían en Él. Si ustedes creen verdaderamente en Él, su oído estará atento a Su voz en ustedes, y la puerta de su corazón se abrirá a Sus toques. Se entregarán a los descubrimientos de Su luz, y las enseñanzas de Su gracia les serán muy apreciadas.

Es la naturaleza de la verdadera fe engendrar un santo temor de ofender a Dios, una profunda reverencia a Sus preceptos y una atención muy tierna del testimonio interno de Su Espíritu como aquello por lo que Sus hijos, en todas las edades, han sido guiados a salvo a la gloria. Porque, así como los que verdaderamente creen, reciben a Cristo en todas Sus ofertas al alma, también aquellos que Lo reciben de esta manera, reciben el poder para ser hechos hijos de Dios; es decir, reciben el poder o habilidad interna para hacer lo que sea que Él requiera: fuerza para mortificar sus deseos, para controlar sus afectos, resistir motivaciones malignas, negarse a sí mismos y vencer al mundo en sus apariciones más tentadoras. Esta es la vida de la bendita cruz de Cristo, que es el tema del siguiente discurso; y esto es lo que tú, oh hombre, debes tomar, si tienes la intención de ser un discípulo de Jesús. Porque no puedes recibir verdaderamente a Cristo, o creer en Él, mientras rechazas Su cruz. Recibir a Cristo es el medio designado por Dios para la salvación, y, por lo tanto, tomar tu cruz diaria y seguirlo es el verdadero testimonio de haberlo recibido, y la gran marca del discipulado. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”⁵

3 Juan 8:21, 24

4 Juan 1:12-13

5 Mateos 16:24

Cristianos, esto es lo que tanto les ha faltado, y la falta de ello ha demostrado ser la causa de la declinación miserable del cristianismo puro. Consideren esto bien, porque es su deber, y será de gran utilidad para su restauración. Así como el conocimiento correcto de una enfermedad guía al médico a hacer un juicio correcto y seguro en la aplicación de su medicina, de la misma manera, conocer y considerar la primera causa de esta falla y enfermedad espiritual que les ha sucedido, los iluminará mucho en el camino de su recuperación. Para hacer esto, será necesario tener una visión general del estado primitivo del cristianismo y de la obra de aquellos que laboraron primero en la viña de Cristo.

El Cristianismo Primitivo

La obra del apostolado, nos dijo un obrero principal en ella, fue convertir a los pueblos “de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios.”⁶ Es decir, que en lugar de que se entreguen a las tentaciones y mociones de Satanás, quien es el príncipe de las tinieblas o la iniquidad (siendo una cosa metáfora de la otra), por cuyo poder sus entendimientos fueron oscurecidos y sus almas se mantenían en servidumbre al pecado, ellos deben volver sus mentes a la aparición de Cristo, la Luz y el Salvador del mundo. Por Su luz Él resplandece en sus almas y de ese modo los hace ver sus pecados. Descubre cada tentación y movimiento en ellos hacia el mal, y los reprende cada vez que ceden a ello, para que de esta manera puedan convertirse en hijos de la luz y caminen en la senda de la justicia. Cristo, para esta bendita obra de reforma, dotó a Sus apóstoles con Su Espíritu y poder, para que los hombres ya no duerman en seguridad en el pecado y en la ignorancia de Dios, sino que se despierten para la justicia y reciban vida del Señor Jesucristo. Estos entonces, fueron capacitados para dejar de pecar, para negarse a sí mismos los placeres de la iniquidad y, mediante el arrepentimiento verdadero, volver sus corazones a Dios haciendo el bien, en lo cual encontraron paz. Y de verdad, Dios bendijo tanto las labores fieles de estos pobres comerciantes (Sus grandes embajadores para la humanidad), que, en unos pocos años, muchos miles que habían vivido sin Dios en el mundo—sin un sentido o temor de Él, en iniquidad y como extraños a la obra de Su Espíritu en sus corazones, estando cautivos por los deseos carnales—fueron golpeados y vivificados internamente por la Palabra de Vida, y hechos partícipes de la venida y el poder del Señor Jesucristo como un Juez y un Legislador en sus almas. Por Su santa luz y Espíritu, las cosas ocultas de las tinieblas fueron sacadas a la luz y condenadas, y el arrepentimiento puro de esas obras muertas fue engendrado en ellos para que sirvieran al Dios vivo en la novedad del Espíritu.

Consecuentemente, estos ya no vivían para sí, ni se dejaban llevar por sus antiguos deseos que los habían seducidos fuera del verdadero temor de Dios. En lugar de eso, la ley del Espíritu de vida (por la que vencieron la ley del pecado y de la muerte) era su delicia y en ella meditaban día y noche. Su temor de Dios ya no provenía de mandamientos de hombres, sino del conocimiento que habían recibido de Su propia

6 Hechos 26:18

obra e impresiones en sus almas. Ellos abandonaron sus antiguos maestros—el mundo, la carne y el diablo—y se entregaron a la guía santa de la gracia de Cristo, que les enseñaba a “renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este mundo presente sobria, justa y piadosamente.”⁷ Esta es la cruz de Cristo en verdad; y aquí está la victoria que le da a aquellos que la toman. Por esta cruz ellos morían diariamente a la vida vieja que habían vivido, y por una vigilancia santa en contra de los movimientos secretos del mal en sus corazones, aplastaron el pecado en su concepción, sí, incluso en sus tentaciones. De modo que, como aconseja el apóstol Juan, “se guardaban a sí mismos, y el maligno no los tocaba.”⁸

La luz, que Satanás no puede soportar, y con la que Cristo los había iluminado, descubría su adversario en todos sus acercamientos y asaltos a la mente, y el poder que recibían a través de su obediencia a las manifestaciones de la luz bendita, los capacitaba para resistirlo y vencerlo en todas sus estratagemas. Así que, donde una vez nada era examinado, ahora todo era examinado. Cada pensamiento debía ir a juicio, y su levantamiento y tendencia debían aprobarse antes de que le permitieran algún lugar en sus mentes. No había ningún temor de hospedar enemigos como amigos, mientras esta estricta guardia se mantenía en la puerta misma del alma. Los cielos y tierra antiguos, es decir, la vieja forma de vida terrenal y la vieja adoración carnal o figurativa pasaban rápidamente, y cada día todas las cosas se volvían nuevas. “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios.”⁹

La gloria de la cruz brilló tan claramente a través de la abnegación en las vidas de aquellos que la tomaban diariamente, que llenó a los paganos de asombro, y en poco tiempo sacudió sus altares, desacreditó sus oráculos, golpeó la multitud, invadió los tribunales y venció a sus ejércitos, de tal manera que llevó a sacerdotes, magistrados y generales en triunfo tras de ella como trofeos de su poder y victoria.

Mientras esta integridad habitaba en los cristianos, poderosa era la presencia e invencible el poder que los acompañaba. Apagaron fuegos impetuosos, taparon bocas de leones, evitaron filo de espada, derrotaron instrumentos de crueldad, convencieron jueces y convirtieron verdugos. Los medios que sus enemigos buscaban para destruirlos solo los aumentaba; y por la profunda sabiduría de Dios, aquellos que con todas sus maquinaciones trataban de extinguir la verdad, eran hechos grandes promotores de ella. Entre los fieles no se permitía ni un pensamiento vano, ni una palabra ociosa, ni una acción impropia; no, ni siquiera una mirada inmodesta. No había vestimenta llamativa, atavíos ostentosos, saludos halagadores ni honores personales; mucho menos podrían esas obscenas inmoralidades y vicios escandalosos que ahora están de moda entre los cristianos, encontrarse entre ellos. Su mayor interés no era como gastar su tiempo precioso, sino como redimirlo, para que pudieran tener suficiente para “ocuparse en su salvación

7 Tito 2:11

8 1 Juan 5:18 RV1602P

9 Romanos 2:28-29

con temor y temblor,”¹⁰ no con fiestas de baile, ni con teatros, danzas, banquetes ni juegos, ¶o, no! “Hacer firme su vocación y elección”¹¹ les era mucho máspreciado que los pobres e insignificantes placeres de la mortalidad.

Habiendo, con Moisés, “visto al Invisible,”¹² y descubierto que Su misericordia era mejor que la vida, y la paz de Su Espíritu más que el favor de los príncipes, al igual que él no temieron la ira de César, y escogieron sufrir las aflicciones de los verdaderos peregrinos de Cristo antes que gozar de los deleites temporales del pecado. Sí, tuvieron por mayores riquezas Sus vituperios que los tesoros perecederos de la tierra. Y si las tribulaciones del cristianismo les eran más deseables que todas las comodidades del mundo, y los reproches de uno más atractivos que todos los honores del otro, entonces seguramente no había tentación en el mundo que pudiera quebrantar la integridad de la Cristiandad.

La Gran Apostasía

Con esta breve perspectiva de lo que fue el cristianismo, ustedes pueden ver, oh Cristiandad, lo que no son y lo que deberían ser.

Pero ¿cómo es que, de un pueblo tan manso, misericordioso, abnegado, sufrido, moderado, santo, justo y bueno, y tan semejante a Cristo cuyo nombre llevaba, hoy encontramos un cristianismo que es supersticioso, idólatra, perseguidor, orgulloso, apasionado, envidioso, malicioso, egoísta, bebedor, lascivo, impuro, mentiroso, perjuro, maldiciente, codicioso, opresor, estafador—con todas las otras abominaciones conocidas en la tierra, que serían un escándalo incluso para la peor de las edades paganas, superándolas más en el mal que en el tiempo: digo, cómo ocurrió esta lamentable deserción? Ofrezco esto como la razón indudable de esta degeneración, a saber: *La falta de atención en sus mentes a la luz de Cristo brillando en ustedes, que primero les mostró sus pecados, y los reprobó, y también les enseñó y los capacitó para negarlos y resistirlos.* Porque es cierto que, cualquiera que sea la medida de temor hacia Dios y la abstinencia de la injusticia que experimentan, esto no fue enseñado por los mandamientos de los hombres, sino por aquella luz y gracia que revela los pensamientos e intenciones más secretas del corazón, escudriña sus partes más internas, pone sus pecados en orden delante de sus ojos y los reprende por ellos, no permitiendo que ni un solo pensamiento, palabra u obra infructífera de las tinieblas quede sin juicio. Por lo tanto, cuando comenzaron a ignorar esta luz y gracia, a descuidar la vigilancia santa que una vez fue puesta en su corazón y no se mantuvieron vigilantes allí como antes para la gloria de Dios y para su propia paz, entonces el incansable enemigo del bien del hombre rápidamente se aprovechó

10 Filipenses 2:12

11 2 Pedro 1:10

12 Hebreos 11:27

de esta negligencia, y a menudo los sorprendió con tentaciones, que (estando acomodadas a sus propias inclinaciones) hizo que la conquista sobre ustedes no fuese difícil.

Sí, se rehusaron a tomar el santo yugo de Cristo y llevar su cruz diaria. Fueron indiferentes con sus propios afectos y no mantuvieron ningún control sobre sus acciones, olvidándose de llevar una cuenta en sus propias conciencias por medio de Cristo, su luz, el gran Obispo de sus almas y Juez de sus obras. De esta manera, su temor santo decayó y su amor se enfrió; y por lo tanto la vanidad se multiplicó y el deber se convirtió en una carga.

Entonces vino la formalidad, en vez del poder de la piedad; y la superstición, en lugar de la obra de Cristo. Y a pesar de que la intención de Cristo fue sacar las mentes de sus discípulos fuera de un templo externo (con sus ritos y servicios carnales) a la adoración de Dios interna y espiritual (adecuada a la naturaleza de la divinidad), aun así, una adoración mundana, humana y pretenciosa ha sido introducida de nuevo, y se han restablecido el sacerdocio, el templo y el altar del mundo. Ahora “los hijos de Dios una vez más vieron que las hijas de los hombres eran hermosas,”¹³ es decir, el ojo puro, que el arrepentimiento había abierto y el cual no veía ninguna hermosura fuera de Cristo, se oscureció; y el ojo del deseo fue abierto de nuevo por el dios del mundo. Y entonces esos placeres mundanos—que hacen que aquellos que los aman se olviden de Dios, a pesar de que una vez estos fueron despreciados por amor a Cristo—comenzaron a recuperar su antigua belleza e interés en sus afectos; y amándolos, se volvieron la búsqueda, la preocupación y el placer de sus vidas.

Es cierto, todavía quedaron las formas externas de adoración y una reverencia sólo de nombre y de palabras a Dios y a Cristo. Pero esto es todo lo que sobrevivió; porque la ofensa de la santa cruz cesó, el poder de la piedad se negó, la abnegación se perdió y a pesar de que se hicieron fructíferos en la invención de ornamentos ceremoniosos, permanecieron estériles en cuanto a los benditos frutos del Espíritu. Y ¡Ay! Miles de cáscaras no pueden hacer un solo grano, ni muchos cadáveres un hombre vivo.

Así, la religión cayó de la experiencia a la tradición y la adoración cayó del poder a la forma, de la vida a la letra. En lugar de elevar peticiones vivas y poderosas a Dios, animadas por un profundo sentido de necesidad y por la asistencia del Espíritu Santo (por medio de quien los antiguos oraban, luchaban y prevalecían con Dios), he aquí, una repetición prescrita, una formalidad pesada e insípida, que consiste en inclinarse y arrodillarse, en vestidos y muebles especiales, en perfumes, voces y música—una presentación más apropiada para la recepción de algún príncipe terrenal, que para la adoración celestial del único Dios verdadero e inmortal, quien es un espíritu eterno e invisible.

A medida que su corazón se hacía más carnal, su religión también lo hacía; y como ya no les gustaba como era, la amoldaron a su gusto. Sin ninguna duda olvidaron las palabras del santo profeta, “El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová,”¹⁴ y el dicho de Santiago, “Pedís, y no recibís,” y ¿por qué? “porque

13 Genesis 6:2

pedís mal,”¹⁵ es decir, con un corazón que no es recto, sino falso y no crucificado. No pides en la fe que purifica el alma, y así nunca pueden recibir lo que piden. Por tanto, ahora se puede decir en verdad, que la condición de muchos se empeora por su religión, porque son tentados a pensar que son mejores por ella, a pesar de que no lo son.

Con esta visión que se les da de su caída del cristianismo primitivo, y de la verdadera causa de ello—a saber, un abandono de la cruz diaria de Cristo—estoy seguro de que el camino de su restauración puede verse fácilmente. Por la puerta por la que salieron, deben entrar. Tal como todo se perdió al rechazar y dejar caer la cruz diaria, tomarla y soportarla será su medio de recuperación. Esta es la manera por la que los pecadores y los apóstatas se convierten en los discípulos de Jesús. “Si alguno,” dice Cristo, “quiere venir en pos de mí y ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.” Nada inferior a esto servirá. Así como esto es suficiente, también es indispensable. No hay corona sino por medio de la cruz; no hay vida eterna sino a través de la muerte. Y lo justo es que esos deseos malvados y bárbaros que crucificaron de nuevo a Cristo, ahora sean, por Su santa cruz, crucificados en ustedes. La sangre requiere sangre; Su cruz es la muerte del pecado que causó Su muerte; y Él es la muerte de la muerte, según ese pasaje, “¡Oh muerte, yo seré tu muerte!”¹⁶

Capítulo III

La Cruz Diaria

Por lo tanto, ¡Oh Cristiandad! la cruz diaria, siendo tanto en aquel tiempo como ahora el único camino hacia la gloria, será de gran ventaja para su alma considerar seriamente:

Primero: ¿Qué es la cruz de Cristo?

Segundo: ¿Dónde se debe tomar la cruz de Cristo?

Tercero: ¿Cómo y de qué manera se debe cargar?

Cuarto: ¿Cuál es la gran obra y asunto de la cruz?

14 Proverbios 15:8

15 Santiago 4:3

16 Oseas 13:14 Reina Valera de Gomez

En cuanto a lo primero—¿Qué es la cruz de Cristo? La cruz de Cristo es una metáfora tomada del madero externo, o cruz de madera, sobre la cual Cristo se sometió a la voluntad de Dios, permitiendo que sufriera la muerte en manos de hombres malvados. La cruz mística o diaria es esa gracia o poder divino que crucifica las voluntades carnales de los hombres, contradice sus afectos corruptos y se opone constantemente a los apetitos excesivos y carnales de sus mentes. Este poder se puede llamar debidamente el instrumento de la santa muerte de los hombres al mundo y para ser hechos conforme a la voluntad de Dios. Nada más puede mortificar el pecado o hacer fácil que nos sometamos a la voluntad divina en cosas que de otra manera serían muy contrarias a la nuestra.

“La predicación de la cruz” en los tiempos primitivos fue llamada acertadamente por Pablo (ese famoso y diestro apóstol en las cosas espirituales) “el poder de Dios;”¹ aunque para los que se pierden, fue en aquel tiempo, como también ahora, una locura. Es decir, para aquellos que estaban verdaderamente cansados y cargados, y en necesidad de un libertador, a quienes el pecado les era pesado y detestable, la predicación de la cruz (por la cual el pecado debía ser crucificado) era el poder de Dios, o la predicación del poder divino mediante el cual fueron hechos discípulos de Cristo e hijos de Dios. Y este poder obraba tan fuertemente en ellos, que ningún burlador orgulloso o disoluto podía sacarlos del amor a ello. Pero para aquellos que andaban en el camino espacioso, en la latitud completa de sus propios deseos, y que dedicaban su tiempo y atención a los placeres de sus apetitos corruptos, para quienes todos los yugos y frenos eran y son intolerables, para estos la predicación de la cruz era y es una locura.

¿Dónde aparece esta cruz y dónde debe tomarse? Yo respondo, adentro, es decir, en el corazón y en el alma—porque donde está el pecado, allí debe estar la cruz. Toda maldad sale de adentro. Cristo enseñó que “de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.”² El corazón del hombre es el asiento del pecado, y donde está contaminado, allí debe ser santificado; donde vive el pecado, allí debe morir, debe ser crucificado. La costumbre de hacer el mal ha hecho natural que los hombres hagan el mal; y así como el alma gobierna el cuerpo, esta naturaleza corrupta controla al hombre entero. Pero, aun así, todo sale de adentro.

La experiencia enseña a cada hijo e hija de Adán la verdad de esto. Las tentaciones del enemigo siempre se dirigen al corazón o la mente, que están adentro: Si ellos no caen, el alma no peca, pero si son abrazadas, entonces la concupiscencia (o deseo excesivo) es concebida inmediatamente, y como dice el apóstol: “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo

1 1 Corintios 1:18 RV1602P

2 Marcos 7:21-23

consumado (es decir, llevado a cabo), da a luz la muerte.”³ Aquí está tanto la causa como el efecto, la genealogía del pecado, su nacimiento y su fin.

En todo esto, el corazón del hombre malo es la fábrica del diablo, su taller, el lugar de su residencia, donde ejerce su poder y su arte. Por lo tanto, la redención del alma es debidamente llamada “deshacer las obras del diablo”⁴ y “traer la justicia perdurable.”⁵ Cuando los judíos querían difamar el milagro de Cristo de sacar demonios al llamarlo blasfemamente el poder de Beelzebú, Cristo dice, “¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa.”⁶ Esto nos demuestra tanto la contrariedad entre Beelzebú como el poder por el que Cristo lo desposeía, y nos enseña que las almas de los impíos son la “casa” del diablo, y que sus bienes, sus obras malvadas, nunca podrán ser destruidas hasta que sea atado aquel que las hizo y guarda la casa. Todo esto hace que sea fácil saber dónde debe tomarse la cruz (que es lo único por lo que el hombre fuerte puede ser atado, sus bienes sacados y sus tentaciones resistidas) esto es, internamente, en el corazón del hombre.

En el siguiente lugar, ¿cómo y de qué manera se debe llevar diariamente la cruz? El camino, al igual que la cruz, es espiritual. *Es la sumisión interna del alma a la voluntad de Dios tal como se manifiesta por la luz de Cristo en las conciencias de los hombres*, aunque sea contraria a sus propias inclinaciones. Por ejemplo, cuando se presenta el mal, aquello que lo revela también instruye a no ceder a él, y si un hombre recibe su consejo, le da poder para escapar de ello. Pero aquellos que miran y contemplan la tentación, al final se unen con ella y son vencidos por ella; la consecuencia de lo cual es culpa y juicio.

Por lo tanto, así como la cruz de Cristo es ese Espíritu y poder en los hombres (aunque no de los hombres, sino de Dios) que contradice y reprende los deseos y afectos carnales, así la manera de tomar la cruz es una rendición entera del alma a los descubrimientos y requerimientos de ella, sin consultar el placer mundano, o la comodidad o interés carnal (porque estos pueden ser cautivados en un instante). De este modo el alma debe vigilar continuamente contra cada aparición del mal, y, por la obediencia de la fe (en verdadero amor a Dios y confianza en Él), ofrecer alegremente a la muerte de la cruz esa naturaleza maligna en sí misma que, no soportando el calor del asedio, y siendo impaciente en la hora de la tentación, traicionaría fácilmente (por su cercanía con el tentador), su propia alma en sus manos.

Esto puede demostrar a la experiencia de todos, lo difícil que es ser un verdadero discípulo de Jesús! El camino de verdad es angosto y la puerta muy estrecha, donde ni una palabra, no, ni un solo pensamiento debe eludir la vigilancia ni escapar del juicio. Tal diligencia, tal precaución, tal paciencia, tal constancia, tal temor y temblor santo, dan una interpretación fácil a ese duro dicho, “La carne y la sangre no pueden

3 Santiago 1:15

4 1 Juan 3:8

5 Daniel 9:24

6 Mateos 12:29

heredar el reino de Dios.” Porque aquellos que están cautivados por los deseos y afectos carnales no pueden cargar la cruz; y los que no la pueden llevar, nunca tendrán la corona. Para reinar, es necesario sufrir primero.

Capítulo IV

Negando el Yo Lícito

En cuarto lugar: ¿Cuál es la gran obra y asunto de la Cruz con respecto al hombre? Es tan importante que esto se responda de manera verdadera, clara y completa, que pareciera que todo lo anterior solo sirve como su prefacio. Equivocarse en esto no es menos que el desvío del alma de su camino a la bendición. Por lo tanto, procuraré contestar la pregunta, con la ayuda de Dios y del mejor entendimiento que Él me ha dado en la experiencia de varios años de discipulado.

La gran obra y asunto de la cruz de Cristo, en el hombre, es la abnegación—una palabra poco comprendida, pero de mucha profundidad en sí misma y de gran contradicción al mundo. El Hijo de Dios se nos ha adelantado, y, mediante la copa amarga que bebió y el bautismo que sufrió, nos ha dejado un ejemplo para que sigamos sus pasos. Esto lo llevó a hacerles esa pregunta difícil a la esposa de Zebedeo y a sus dos hijos, cuando ella le pidió que en Su reino uno se sentará a Su derecha y otro a Su izquierda: “¿Podéis beber del vaso que Yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con qué Yo soy bautizado?” Al parecer la fe de ellos era fuerte; respondieron, “Podemos.” A lo cual Él respondió: “A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados;”¹ pero su recompensa la dejó a Su Padre.

¿Cuál fue la copa que bebió y el bautismo que sufrió? Respondo; fueron la negación y la ofrenda de Sí mismo mediante el Espíritu eterno a la voluntad de Dios, padeciendo las tribulaciones de Su vida y las agonías de Su muerte sobre la cruz, para la salvación del hombre.

Ahora ¿Cuál es nuestra copa y cruz que debemos beber y sufrir? La negación y la ofrenda de nosotros mismos, mediante el mismo Espíritu, para hacer o sufrir la voluntad de Dios para Su servicio y gloria. Esta es la verdadera vida y obediencia de la cruz de Jesús—todavía estrecha, pero antes de Cristo era un camino cerrado. Porque Cristo vino en la grandeza de Su amor y fuerza cuando no había nadie que ayudara, ni abriera los sellos, ni diera conocimiento o dirigiera el curso de la recuperación de los pobres hombres. Y aunque estaba vestido con las debilidades de un hombre mortal, siendo fortificado internamente por

¹ Mateo 20:20-23

la omnipotencia del Dios inmortal, viajó a través de todos los apuros y dificultades de la humanidad; y, como el primero de todos los demás, anduvo el camino jamás recorrido hacia la bendición.

Oh vamos, sigámoslo! Al más incansable y victorioso Capitán de nuestra salvación, a quien todos los Alejandro Magnos y poderosos Cesares no se pueden comparar. Porque todos estos fueron grandes príncipes de su clase, y conquistadores también, pero con principios muy diferentes. Cristo se despojó a Sí mismo para salvar a la humanidad; pero estos arruinaron pueblos enteros para aumentar su nombre. Vencieron a otros, no a ellos mismos; pero Cristo conquistó el yo, el mismísimo poder que los venció a ellos. Afirmaron su imperio con rapiña y sangre; pero Él con sufrimiento y persuasión. Prevalcieron a través de la fuerza, pero Cristo nunca hizo uso de la imposición. La miseria y la esclavitud siguieron todas sus victorias, pero Cristo trajo libertad y felicidad a los que Él venció. En todo lo que hicieron, buscaron complacerse a sí mismos; en todo lo que Él hizo, tuvo como objetivo agradar a Su Padre, quien es Dios de dioses, Rey de reyes y Señor de señores. Por lo tanto, es debidamente llamado príncipe y el conquistador más excelente. Y es este el patrón de la negación del yo más perfecto que debemos seguir, si alguna vez llegamos a la gloria.

El Yo Lícito

Para hacer esto, consideremos la abnegación en su verdadera distinción y alcance. Hay un yo lícito y uno ilícito, y ambos deben ser negados por amor a Aquel que, en sumisión a la voluntad de Dios, no estimó nada precioso para Sí mismo para poder salvarnos. Y a pesar de que casi ninguna parte del mundo ha progresado hasta el punto de necesitar una lección sobre la negación del yo lícito (dado que cada día sacrifican con avidez a los placeres del yo ilícito), al menos la mencionaré, ya que posiblemente esto dé con algunos que están tan avanzados en esta guerra espiritual como para recibir beneficio de la misma.

El yo lícito que debemos negar, es esa comodidad, tranquilidad, disfrute y abundancia que, en sí mismo, está tan lejos de ser malo, que pudiera considerarse la recompensa y la bendición de Dios para nosotros: cosas como esposos, esposas, hijos, casas, tierra, reputación, libertad y la vida misma. Estas cosas son favores de Dios, que podemos disfrutar con placer lícito y aumentar justamente como nuestros intereses honestos. Pero cuando Dios las requiere, en cualquier momento, o si le place probar nuestros afectos separándonos de ellas, yo digo, cuando estas cosas entran en competencia con Él, no deben ser preferidas sino negadas.

Cristo mismo descendió de la gloria de Su Padre y voluntariamente se despojó a Sí Mismo en medio de los hombres para llevarnos a Dios. No estimando el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, se humilló a Sí Mismo hasta la pobre forma de siervo; sí, hasta la muerte vergonzosa de la Cruz, y así nos dio un ejemplo de humildad pura y sumisión absoluta a la voluntad de nuestro Padre celestial.

Él nos enseña esta doctrina con estas palabras: “El que ama a padre o madre, hijo o hija más que a mí, no es digno de Mí.” Nuevamente, “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser Mi discípulo.” Él claramente le dijo al joven rico que, si quería la vida eterna, debía venderlo todo y seguirlo: una doctrina que le fue triste, como también lo es para aquellos como él, quienes a pesar de todas sus elevadas pretensiones de religión, aman sus posesiones más que a Cristo. Aun así, esta doctrina de la negación del yo permanece como la condición para la felicidad eterna: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”

Esto hizo que esos pescadores honestos dejaran sus comercios legales y lo siguieran cuando los llamó; y causó que otros que esperaban la consolación de Israel ofrecieran sus propiedades, reputaciones, libertades y también sus vidas al disgusto y la furia de sus familiares y del gobierno bajo el cual vivían, por la ventaja espiritual que recaía sobre ellos por medio de su fiel adherencia a Su santa doctrina.

Es cierto, muchos buscaron excusarse para no seguirlo, como se ve en la parábola de la fiesta de bodas. Algunos habían comprado tierras, algunos se habían casado con esposas y otros habían comprado yuntas de bueyes y dijeron que no podían ir. ¡Ay! Un amor inmoderado por el mundo los estorbó. En lugar de actuar como sus siervos, estos disfrutes lícitos se convirtieron en sus ídolos; los adoraron más que a Dios y no quisieron renunciar a ellos para venir a Dios. Esto fue escrito para su reproche, y aquí podemos ver el poder del yo sobre el hombre mundano, y el peligro que le viene por abusar de las cosas lícitas. ¡Qué! ¿Su esposa es máspreciada que su Salvador? ¿Prefieren su tierra y sus bueyes antes que la salvación de su alma? ¡Oh! Tengan cuidado de que sus comodidades no resulten ser trampas primero, y después maldiciones. Sobrevalorarlas es provocar que Aquel que las dio las tome nuevamente. Vengan, más bien, a seguir a Aquel que le da vida eterna al alma.

¡Ay de aquellos que tienen sus corazones en sus posesiones terrenales! Porque cuando se van, su cielo se queda aquí. Apegarse a sus tesoros mundanos es el pecado de la mayor parte del mundo, y cuán lamentable es contemplar sus deseos manchados y enredados con sus conveniencias y comodidades en ello. El verdadero hombre abnegado es un peregrino; pero el hombre egoísta es un habitante del mundo. El primero utiliza el mundo como los hombres usan los barcos, para transportarse a sí mismo o sus provisiones en un viaje hacia el hogar; el otro no busca nada más (no importa lo que diga) que establecerse en plenitud y comodidad aquí, y le gusta tanto que, si pudiera, nunca lo cambiaría. No, no se molestará en pensar en el otro mundo hasta que esté seguro de que ya no vivirá en este. ¡Entonces, por desgracia, será demasiado tarde! No al seno de Abraham, sino al lado del rico debe ir; la historia es tan cierta como triste.

Por otro lado, no es por nada que los discípulos de Jesús se niegan a sí mismos; y, de hecho, Cristo Mismo tenía puesto Su ojo en el gozo eterno. “Por el gozo puesto delante de Él,” dice el autor de hebreos, “sufrió la cruz;”² es decir, se negó a sí mismo y soportó los vituperios y la muerte del impío, menospreciando el oprobio, la deshonra y el escarnio del mundo. Esto hizo que Él no tuviera miedo ni retrocediera y ahora

está sentado a la diestra del trono de Dios. Cuando Pedro le preguntó qué tendrían los que habían dejado todo para seguirlo, Él (para el estímulo y el gran consuelo de Sus discípulos) respondió, “De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel,”³ el cual en ese entonces estaba en la apostasía de la vida y del poder de la piedad. Esta fue la porción de Sus discípulos, los compañeros más inmediatos de Sus tribulaciones y los primeros mensajeros de Su Reino. Pero lo que sigue es para todos: “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.”⁴ Es este grande galardón, esta corona eterna de justicia, que, en todas las eras, ha levantado en las almas de los justos una negación santa, sí, un desprecio del mundo.

El Ejemplo de los Antiguos

Esta no es una doctrina nueva; es tan antigua como Abraham, porque en varios de los acontecimientos más extraordinarios, era evidente que su vida se componía de abnegación. Primero, al abandonar su propia tierra, en la que bien podemos suponer que estaba establecido en medio de la abundancia o, al menos, de la suficiencia. ¿Y porque la dejó? Porque Dios lo llamó. Esto debería ser un motivo suficiente; pero tal es la degeneración del mundo que, en realidad, no lo es. En efecto, el mismo hecho ahora, con el mismo incentivo en cualquier hombre, aunque alabado en Abraham, sería escarnecido y ridiculizado. ¡Ay, cuán propensas son las personas a elogiar lo que no entienden! Y cómo admiran en sus ancestros los mismos hechos que desprecian en los fieles discípulos de su propio tiempo!

Pero Abraham obedeció y el resultado fue que Dios le dio una tierra buena y ancha. Esta fue la primera recompensa de su obediencia; la siguiente fue un hijo en su vejez, pasado el tiempo de que su esposa pudiera dar a luz. Sin embargo, Dios pronto le pidió a su amado, su hijo único, la felicidad de su vejez, el hijo de un milagro, aquel de quien dependía el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham. Dios le pidió a este hijo, trayendo una prueba que uno pensaría que podría fácilmente derrocar su fe y debilitar su integridad, o al menos provocar esta disputa en él: “Esta orden es irracional y cruel; debe ser del tentador, no puede ser de Dios. Porque, ¿Dios me daría un hijo para hacer un sacrificio de él? ¿Debería un padre ser el verdugo de su único hijo? Que me requiera ofrecer al hijo de Su propia promesa, por medio del cual se ejecutará Su pacto, es absurdo.” Así Abraham naturalmente pudo haber argumentado, con el fin de resistir la voz de Dios y complacer sus grandes afectos por su amado Isaac. Pero el buen viejo Abraham, que conocía la voz que le había prometido un hijo, no la había olvidado cuando volvió a pedirselo. Él

2 Hebreos 12:2

3 Mateo 19:28

4 Mateo 19:29

no discutió, aunque parecía extraño, y aunque sin duda sintió una medida de sorpresa y horror como hombre. Había aprendido a creer que Dios, quien le dio un hijo mediante un milagro, podría hacer otro para preservarlo o restaurarlo. Sus afectos no podían superar su deber, y mucho menos vencer su fe.

Abraham se inclinó a la voz del Todopoderoso, edificó un altar, ató a su único hijo sobre este, encendió el fuego y extendió su mano para tomar el cuchillo; pero el ángel detuvo el golpe. “Detente, Abraham, tu integridad ha sido probada.” ¿Y qué siguió? Un carnero sirvió para el sacrificio e Isaac fue devuelto a él nuevamente. Esto muestra qué tan poco se necesita cuando todo ha sido entregado, y cómo un pequeño sacrificio contenta al Todopoderoso, donde el corazón es aprobado. No es el sacrificio lo que aboga por el corazón, sino el corazón que le da aceptación al sacrificio.

Dios a menudo toca nuestros mayores consuelos y requiere lo que más amamos y estamos menos dispuestos a dejar. Él no siempre los quita totalmente, sino que prueba la integridad del alma, nos advierte de los excesos y, para que podamos recordarlo (el Autor de todas las bendiciones que poseemos), nos enseña a vivir desapegados del mundo. Hablo de mi experiencia: La manera de mantener nuestros disfrutes es renunciando a ellos. Y aunque esto sea difícil, es dulce cuando estas cosas nos son devueltas, como Isaac lo fue para su padre, con más amor y bendición que antes. ¡Oh, mundo necio! ¡Oh, cristianos mundanos! ¡No solo extraños, sino enemigos de esta excelente fe! Y mientras estén así, nunca experimentarán la recompensa de ella.

La abnegación de Job también fue muy impresionante. Porque cuando los mensajeros de sus aflicciones se le acercaron con una triste historia tras otra, hasta que quedó casi tan desnudo como cuando nació, lo primero que hizo fue postrarse en tierra y adorar ese poder, y besar esa mano, que lo despojó. Estaba tan lejos de murmurar, que concluyó sus pérdidas de bienes y de hijos con estas palabras: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”⁵ ¡Oh, la profunda fe, paciencia y contentamiento de este excelente hombre! Uno hubiera pensado que estas repetidas noticias de ruina habrían sido suficientes para derribar su confianza en Dios, pero no fue así; su fe lo mantuvo. Y él nos dice por qué—“Yo sé (dice él) que mi Redentor vive.”⁶ Y es manifiesto que Su Redentor en verdad vivía, porque lo había redimido del mundo. Su corazón no estaba en sus comodidades mundanas; su esperanza vivía por encima de los disfrutes del tiempo y de las angustias de la mortalidad. No fue tentado por lo primero, ni conmovido por lo último; sino que estaba firmemente convencido de, “que después de que mi piel haya sido arrancada de mi carne, veré a Dios.”⁷ Así, el corazón de Job se sometió a la voluntad de Dios y se consoló en ella.

Moisés es el siguiente ejemplo de abnegación notable en la historia sagrada, antes de los tiempos de la aparición de Cristo en la carne. Cuando era un bebe, había sido salvado mediante una Providencia

5 Job 1:21

6 Job 19:25

7 Job 19:26 Traducción Literal

extraordinaria, y al parecer por lo que siguió, para un servicio extraordinario. La hija de Faraón, cuya compasión fue el medio de su preservación (cuando el rey había decretado la matanza de los varones hebreos), lo tomó por su hijo y le dio la educación del palacio de su padre. Su propia presencia elegante y sus habilidades extraordinarias, junto con el amor de ella por él y el deseo de que su padre lo ascendiera, debieron haberlo hecho, si no capaz de heredar el trono, al menos de ser un ministro principal bajo aquel príncipe rico y poderoso. Porque Egipto fue en aquel entonces lo que fueron después Atenas y Roma, el centro más famoso de aprendizaje, artes y gloria.

Pero Moisés fue destinado para otra obra y guiado por una mejor estrella, un principio superior. Tan pronto como llegó a una edad de discernimiento, la impiedad de Egipto y las opresiones de sus hermanos allí, se hicieron una carga demasiado pesada para él. Y aunque un hombre tan sabio y bueno no podría haber carecido de sentimientos generosos y agradecidos por la bondad de la hija del rey para con él, aun así, también había visto “al Dios Invisible,”⁸ y no se atrevía a vivir en la comodidad y en la abundancia de la casa de Faraón mientras que a sus pobres hermanos se les exigía hacer ladrillo sin paja. Y así, con el temor del Todopoderoso apoderándose de su corazón, rehusó noblemente llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con los despreciados y oprimidos israelitas, y ser el compañero de sus tentaciones y peligros, “que gozar de los deleites temporales del pecado;”⁹ teniendo por mayores riquezas los vituperios de Cristo (que sufrió al hacer esa elección en contra del mundo) que todos los tesoros de ese reino.

Tampoco era tan tonto como pensaban; puesto que tenía la razón de su lado. Se dice que Él, “tenía puesta la mirada en el galardón;”¹⁰ de manera que sólo rechazó un beneficio menor por uno mayor. En esto, su sabiduría trascendió la de los egipcios; porque ellos eligieron el mundo presente (que es tan incierto como el clima) y así perdieron ese mundo que no tiene fin. Moisés consideró más profundamente, sopesó los placeres de esta vida en la balanza de la eternidad y descubrió que no tenían peso allí. Se gobernaba a sí mismo, no por la posesión inmediata, sino por la naturaleza y la duración de la recompensa. Su fe corrigió sus afectos y le enseñó a sacrificar los placeres del yo por la esperanza que tenía de una recompensa futura más excelente.

Isaías no fue un caso insignificante de la misma bendita abnegación; quien, de un cortesano se convirtió en profeta, y dejó los intereses mundanos de uno por la fe, paciencia y sufrimientos del otro. Su elección no solo le hizo perder el favor de los hombres, sino que la iniquidad de ellos (enfurecidos por su integridad ante Dios en sus fervientes y audaces reprensiones hacia ellos) lo hicieron un mártir al final; porque lo aserraron bárbaramente en el reinado de Manases. Así murió ese hombre excelente, comúnmente llamado el Profeta Evangélico.

8 Hebreos 11:27 PDT

9 Hebreos 11:25

10 Hebreos 11:26

Agregaré un ejemplo más, la fidelidad de Daniel. Este era un joven santo y sabio, quien, cuando sus ventajas externas entraban en competencia con su deber ante Dios Todopoderoso, renunció a todas. En lugar de estar preocupado por cómo protegerse a sí mismo, como uno que no se preocupa por nada menos que eso, era (ante el peligro más extremo para sí mismo), sumamente cuidadoso de cómo preservar el honor de Dios mediante la fidelidad a Su voluntad. Y aunque esto al principio lo expuso a la ruina, sin embargo, (como un gran estímulo para todos los que conservan la conciencia limpia en un tiempo malo) su fidelidad a su Creador finalmente lo hizo prosperar mucho en el mundo; y el Dios de Daniel se hizo famoso y temible a través de su perseverancia, incluso ante los ojos de los reyes paganos.

¿Y qué diré de todos los demás quienes, no estimando ninguna cosa preciosa para poder hacer la voluntad de Dios, abandonaron sus comodidades mundanas y expusieron su tranquilidad y seguridad (tan a menudo como la visión celestial los llamaba) a la ira y a la malicia de los príncipes degenerados y de la iglesia apóstata? En especial Jeremías, Ezequiel y Miqueas, quienes después de haberse negado a sí mismos, en obediencia a la voz divina, sellaron su testimonio con su sangre.

Así, negarse a sí mismo fue la práctica y la gloria de los ancestros, que fueron predecesores de la venida de Cristo en la carne. ¿Y deberíamos esperar el cielo ahora sin esto, cuando nuestro Salvador Mismo fue hecho el ejemplo más excelente de ello? Y eso, no como algunos lo desearían, a saber, “Él sufrió por nosotros, para que no tengamos que sufrir;” sino al contrario, Él sufrió por nosotros, para que podamos negarnos a nosotros mismos y entonces ser los verdaderos seguidores de Su bendito ejemplo.

Deja Todo por Él

Por lo tanto, quienquiera que seas, que desees hacer la voluntad de Dios, pero desfalleces debido a la oposición de las consideraciones mundanas, recuerda que te digo, en el nombre de Cristo, que aquel que prefiere padre o madre, hermana o hermano, esposa o hijo, casa o tierra, reputación, honor, oficio, libertad o vida, antes que el testimonio de la luz de Jesús en su propia consciencia, será rechazado por Él, en el juicio solemne y general del mundo, cuando todos serán juzgados y recibirán de acuerdo a las obras hechas (no a la profesión hecha) en esta vida. La doctrina de Jesús es que, si tu mano derecha te es ocasión de caer, debes cortarla; y si tu ojo derecho te es ocasión de caer, debes sacarlo; es decir, si las comodidades más preciadas, más útiles y tiernas que disfrutas, se interponen en el camino de tu alma, interrumpiendo tu obediencia a la voz de Dios y tu conformidad a Su voluntad santa revelada en tu alma, estás llamado, bajo pena de condenación, a dejarlas.

El camino de Dios es un camino de fe, que es tan oscuro para los sentidos naturales como mortal para el “yo.” Los hijos de obediencia, con el santo Pablo, estiman todas las cosas basura y desecho para ganar a Cristo, y para experimentar y andar en este camino angosto. La especulación no servirá, ni los conceptos refinados entrarán. Solo el obediente comerá del fruto de esta tierra. “Si alguno quisiere hacer

su voluntad,” dice el bendito Jesús, “conocerá de Mi doctrina;”¹¹ a estos Él les enseñará. No hay lugar en el corazón para la instrucción, donde el “yo” lícito es señor y no servidor. Porque el “yo” no puede recibirla; y lo que debería recibirla es oprimido por el “yo,” con miedos y dudas: “¿Qué dirán mi padre o mi madre? ¿Cómo me tratará mi esposo? O, ¿Qué harán los magistrados conmigo? Porque, aunque siento una poderosa persuasión y una clara convicción en mi alma sobre esto o aquello, sin embargo, considerando cuán menospreciado es, los enemigos que tiene y lo extraño que pareceré para algunos, espero que Dios se compadezca de mi debilidad si me rindo. No soy más que carne y sangre; quizás más adelante Él me capacite mejor; y hay tiempo suficiente.” Así habla el hombre egoísta y cobarde.

Razonar siempre es lo peor, porque el alma pierde cuando consulta; pero la manifestación de la luz trae poder con ella. Dios nunca busca persuadir los razonamientos de las personas; sino que las empodera en su sumisión. Él no requiere nada sin dar la capacidad de realizarlo; porque eso sería burlarse de los hombres, y no salvarlos. Es suficiente que hagas lo que Dios muestra como tu deber, con tal que te rindas a la luz o Espíritu por el cual te da ese conocimiento. Aquellos que no reciben a Cristo en Sus convicciones en el alma, son los que carecen de poder, y a estos siempre les faltará. Pero los que sí lo reciben, también reciben poder (como los santos de antaño) para ser hechos hijos de Dios, a través de la obediencia pura de la fe.

Por lo tanto, permítanme implorarles por el amor y la misericordia de Dios, por la vida y la muerte de Cristo, por el poder de Su Espíritu y la esperanza de la inmortalidad, ustedes cuyos corazones están puestos en sus comodidades temporales, siendo amadores de sí mismos más que de estas cosas celestiales. Dejen que el tiempo pasado sea suficiente para tales cosas! No piensen que es suficiente estar libre de ciertas impiedades graves en las que se encuentran otros, mientras que su amor desmesurado por las cosas lícitas contamina su disfrute de ellas y saca su corazón del temor, amor, obediencia y abnegación de un verdadero discípulo de Jesús. Vuélvanse, pues, y escuchen la voz apacible en su conciencia; ella les habla de sus pecados y de su miseria en ellos. Les da un descubrimiento vivo de la vanidad del mundo y le abre a su alma una perspectiva de la eternidad y de los consuelos de los justos que están en reposo. Si se aferran a ella, los divorciará del pecado y del yo. Pronto notarán que el poder de sus encantos excede el de la riqueza, el honor y la belleza del mundo, y, finalmente, les concederá esa tranquilidad que las tormentas del tiempo nunca pueden naufragar o trastornar. Aquí todos sus disfrutes son bendecidos. Aunque sean pequeños, sin embargo, son grandes debido a esa presencia que los acompaña.

Incluso en este mundo, los justos tienen la mejor parte, ya que usan el mundo sin remordimiento, y no abusan de él. Ellos ven y bendicen la mano que los alimenta, los viste y los preserva. Mirándolo a Él en todos Sus dones, no adoran los dones, sino al Dador. En verdad, la dulzura de Su bendición es una ventaja que tienen sobre los que no lo ven. No se enorgullecen en su prosperidad, ni son derribados en sus adversidades; porque son moderados en lo primero y consolados en lo otro, por Su presencia divina.

¹¹ Juan 7:17 RV1602P

En resumen, el cielo es el trono y la tierra no es más que el estrado de los pies de ese hombre que tiene el “yo” bajo los pies. Aquellos que conocen esta condición no serán movidos fácilmente. Ellos aprenden a contar sus días para que no sean sorprendidos cuando su tabernáculo se deshiciere. Aprenden a “redimir el tiempo, porque los días son malos;”¹² recordando que no son más que administradores y que deben rendir sus cuentas a un Juez imparcial. Por lo tanto, no para sí mismos, sino para Él viven, y en Él mueren, y son bendecidos con los que mueren en el Señor. Así concluyo mi discurso sobre el uso correcto del “yo” lícito.

Capítulo V

Negando el Yo Ilícito

Ahora vengo al “yo” ilícito, que es, en una medida u otra, el problema presente de la mayor parte de la humanidad. Este yo ilícito es de dos formas. Primero, aquello que se relaciona con la adoración¹ religiosa. Segundo, aquello que tiene que ver con la conducta moral y civil en el mundo, y es de infinita importancia que los consideremos a ambos. Seré tan breve como sea posible con tranquilidad en mi conciencia y sin dañar el asunto en cuestión.

El “yo” ilícito en la religión, que debe ser crucificado por la cruz de Cristo, es la invención y ejecución del hombre, de la adoración a Dios, que realmente no es adoración en absoluto, ni en su institución ni realización. En este gran error, muchos de los que se atribuyen el nombre de cristianos toman la delantera, siendo los más externos, extravagantes y supersticiosos en su adoración. Estos no solamente se desvían excesivamente por falta de preparación espiritual en su forma de rendir adoración al Dios Todopoderoso (quien es espíritu eterno), sino que la adoración en sí misma se compone de lo que es absolutamente inconsistente con la forma y práctica de la doctrina de Cristo y el ejemplo apostólico. La adoración de los apóstoles era simple y espiritual; la de hoy es llamativa y mundana. La adoración de Cristo era interna, en el alma; la del mundo es externa y corporal. La verdadera adoración correspondía a la naturaleza de Dios, que es espíritu; pero la adoración inventada por el hombre se adapta a la parte carnal. En lugar de excluir la carne y la sangre, he aquí que ahora hay una adoración calculada para satisfacer la carne, como si la meta no fuera presentarle a Dios una adoración que le agradara, sino inventar una que le agradara al hombre.

¹² Efesios 5:16 RV1602P

¹ Con “Adoración,” Penn no se refiere solamente cantar, alabar, etc. Sino al servicio entero del hombre hacia a Dios, o a todo lo que se relaciona directamente con Dios, o que el hombre dirige hacia Él.

Esta es una adoración decorada con edificios e imágenes majestuosas, muebles y vestimentas costosos, voces y música refinadas, lámparas, velas de cera y perfumes caros, y todo hecho con la variedad más placentera para los sentidos externos que el arte puede inventar o el dinero procurar. Actúan como si el mundo volviera a ser judío o egipcio otra vez, o como si Dios fuese un anciano y Cristo un pequeño niño, que debe ser tratado con una especie de espectáculo religioso—porque así es como muchos lo pintan en sus templos y lo imaginan en sus mentes. Tal adoración carnal encaja muy bien con esta idea de Dios, porque cuando los hombres piensan que Él es como uno de ellos, no es de extrañar que se dirijan a Él y Lo entretengan de una manera que les gustaría recibir de otras personas.

Pero ¿Qué dijo el Todopoderoso a ese pueblo tan carnal de la antigüedad, en una ocasión similar? “Pensabas que de cierto sería yo como tú; pero te reprenderé, y pondré tus pecados delante de tus ojos. Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios, no sea que os despedace, y no haya quien os libre. El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios.”² La adoración aceptable para Él es, “hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”³ Aquel que escudriña el corazón y prueba los pensamientos del hombre, y pone sus pecados en orden delante de sus ojos, quien es el Dios de los espíritus de toda carne, no mira la cubierta externa, sino la disposición interna del alma y la inclinación del corazón. Tampoco se puede pensar sobriamente que Él que está “vestido de gloria y de magnificencia, que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina, que establece sus aposentos entre las aguas, que pone las nubes por su carroza, que anda sobre las alas del viento; que hace a los vientos sus mensajeros, y a las flamas de fuego sus ministros, y que fundó la tierra sobre sus cimientos; para que jamás sea removida,”⁴ puede adorarse adecuadamente mediante esas invenciones humanas que son el refugio de un pueblo que ha apostatado del poder y la espiritualidad primitivos de la adoración cristiana.

El Templo Interno

Cristo estaba sacando a sus discípulos de la gloria y la adoración del templo externo e instituyó una adoración más interna y espiritual, en la cual instruía a Sus seguidores. “Ni en este monte ni en Jerusalén,” le dice Cristo a la Samaritana, “adoraréis al Padre. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”⁵ Es como si hubiera dicho: ‘Por causa de la debilidad del pueblo, Dios accedió, en tiempos pasados, a limitarse a un tiempo, lugar, templo y servicio externos, en y por los que sería adorado; pero esto fue durante la ignorancia de los hombres de Su omnipresencia,

2 Salmos 50:21-23

3 Miqueas 6:8

4 Salmos 104:1-5

5 Juan 4:21, 24

cuando no consideraban lo que es Dios ni donde está. Yo he venido a revelarlo a todos los que Me reciben. Dios es Espíritu, y será adorado en espíritu y en verdad.’

Las personas deben conocerlo como un espíritu, considerándolo y adorándolo como tal. No es la adoración corporal, ni los servicios ceremoniales que ahora se usan entre ustedes, los que servirán o darán aceptación ante este Dios que es un espíritu. Deben obedecer a Su Espíritu que contiene con ustedes para sacarlos fuera del mal del mundo, para que, al someterse a sus instrucciones y mandamientos en sus propias almas, puedan saber lo que es adorarlo como un espíritu. Entonces entenderán, que no se trata de ir a esta montaña, ni a Jerusalén, sino hacer la voluntad de Dios y guardar Sus mandamientos. Mediten en su propio corazón y no pequen; tomen su cruz, mediten en Su santa ley y sigan el ejemplo de Aquel a quien el Padre ha enviado.

Esteban, ese audaz y fiel mártir de Jesús, les dijo a los judíos, cuando era prisionero ante su concilio, “Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”⁶ He aquí, un derrocamiento total de todos los templos mundanos y accesorios ceremoniosos! El mártir continúa su golpe sobre los judíos apostatas (que fueron los adoradores extravagantes, ceremoniosos y mundanos de aquel tiempo), diciendo: “Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.”⁷ Es como si les hubiera dicho: ‘Ni su templo exterior, sus ritos, sus servicios figurativos, ni sus pretensiones de una sucesión natural de Abraham, o de una sucesión religiosa de Moisés son de importancia; porque ustedes resisten al Espíritu y se oponen a Sus instrucciones. Ustedes no quieren someterse a Su consejo, y sus corazones no son rectos hacia Dios. Ustedes son los sucesores de la iniquidad de sus padres! Y, aunque de boca son admiradores de los profetas, no son los sucesores de su fe ni de su vida.’

El profeta Isaías lleva esto un poco más allá de lo que cita Esteban. Porque, después de haber declarado lo que no es la casa de Dios (el lugar donde mora Su gloria), estas palabras siguen inmediatamente: “Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”⁸ He aquí, oh hombre carnal y supersticioso, el verdadero adorador y el lugar del reposo de Dios! Esta es la casa y el templo de Aquel a quien los cielos de los cielos no pueden contener—una casa que el “yo” no puede edificar, ni el arte o poder del hombre preparar o consagrar.

Pablo, ese gran apóstol de los gentiles, usa expresamente la palabra templo dos veces para referirse al hombre, y no a un edificio construido por la mano y el arte del hombre. En su primera epístola a la iglesia de Corintios, escribe: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está

6 Hechos 7:47-50

7 Hechos 7:51

8 Isaías 66:2

en vosotros, el cual tenéis de Dios?”⁹ Y nuevamente, les dice a las mismas personas, en su segunda epístola: “porque vosotros sois el templo del Dios vivo, como Dios ha dicho;” y luego cita las palabras de Dios por medio del profeta, “Yo moraré en ellos, y andaré en ellos; y yo seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo.”¹⁰ Este es el templo bajo el evangelio, la iglesia cristiana, cuyos ornamentos no son los bordados ni los muebles del arte y riqueza del mundo, sino las gracias del Espíritu—mansedumbre, amor, fe, paciencia, abnegación y caridad. Aquí es donde la Sabiduría eterna—“la cual estaba con Dios desde la eternidad, antes que los montes fuesen formados”—elige morar, “regocijándome (dice Él) en la parte habitable de Su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres,”¹¹ no en casas hechas de madera y piedra. Esta casa viviente es más gloriosa que la casa muerta de Salomón, que no era más que una figura; sí, así como Salomón era una figura de Cristo, quien nos edifica como un templo santo para Dios. Se prometió en la antigüedad que “La gloria de esta casa postrera será mayor que la de la primera,”¹² lo cual puede aplicarse verdaderamente a esta. Porque el profeta no hablaba de un templo o casa externa que excede a otro en belleza externa; porque, ¿cuál sería el beneficio de eso? Pero la promesa fue que la gloria divina, la hermosura de la santidad en la casa del evangelio o iglesia, compuesta de creyentes regenerados, excedería la gloria externa del templo de Salomón, la cual, en comparación con la de los días postreros, era como la diferencia entre carne y espíritu, o semejanzas que se desvanecen en comparación con la sustancia eterna.

Los cristianos sí tienen lugares de reunión, pero no a la manera de los judíos o paganos, sino al contrario, simples, sin extravagancia ni ceremonia, de acuerdo con la simplicidad de la vida y doctrina de su bendito Señor. Porque la presencia de Dios no es con la casa, sino con los que están en ella, quienes son la iglesia del evangelio, y no la casa. ¡Oh que aquellos que se llaman cristianos conocieran la verdadera santidad en sí mismos mediante el lavamiento de la gracia regeneradora de Dios, en lugar de esa santidad imaginaria atribuida a los lugares! Entonces sabrían qué es la iglesia y donde es que Dios aparece en este día del evangelio. Sí, esto hizo que el profeta David dijera, “Toda gloriosa en su interior es la hija del Rey; de brocado de oro es su vestido.”¹³ ¿Cuál es la gloria que está dentro de la verdadera iglesia, y ese oro que constituye su gloria interior? Dime, ¡Oh hombre supersticioso! ¿Son sus majestuosos templos, altares, alfombras, mesas, tapices, vestimentas, órganos, voces, velas, lámparas, incensarios, platos y joyas, y otros muebles de este tipo, que se encuentran en sus templos mundanos? ¡Nada que ver! Estas cosas no son nada en comparación con el adorno divino de la hija del Rey del cielo, la iglesia bendita y redimida de Cristo. ¡Oh miserable apostasía! Oh miserable sustituto de la pérdida de la vida apostólica, la gloria espiritual de la iglesia primitiva.

9 1 Corintios 6:19

10 2 Corintios 6:16 RV1602P

11 Proverbios 8:31

12 Hageo 2:9 RVG

13 Salmos 45:13 RVG

Las Falsas Cruces de los Hombres

Sin embargo, algunos de estos admiradores de la pompa y de la gloria externa quieren ser considerados amantes de la cruz, y por lo tanto se han hecho muchas. Pero ¡Ay! ¿Qué tiene que ver esto con el verdadero cristianismo? Porque mientras estos pretenden adorar a Dios con sus cruces externas, muy peligrosamente se apartan de la verdadera cruz de Cristo y de esa santa abnegación del “yo” que fue de Su bendita designación. De hecho, esas cruces parecen interponerse en el camino de la verdadera, porque en lugar de crucificar sus voluntades, las han hecho de acuerdo a su voluntad, y asimismo las usan; de modo que estas cruces decorativas se han convertido en un emblema de los que no hacen nada más que lo que desean. Sin embargo, por estas cruces, desean ser considerados los discípulos de Aquel que nunca hizo Su propia voluntad, sino solo la voluntad de su Padre celestial.

Estas cruces externas pueden ser cargadas fácilmente por carne y sangre puesto que ellas las inventaron. Por lo tanto, no son la cruz de Cristo, la cual es el poder de Dios para crucificar carne y sangre. Miles de ellas no tiene más virtud que una migaja. Son sombras pobres y vacías, llevadas como amuletos, a pesar de que no pueden repeler ni un solo mal. De hecho, los hombres pecan mientras las llevan sobre sus espaldas; y aunque las exhiben sobre su corazón, por desgracia, sus deseos amados yacen allí también sin la menor interrupción. Son tan mudas como los dioses falsos de Baal, ya que no tienen vida ni poder. ¿Y cómo podrían? Pues su sustancia es terrenal y su imagen y hechura no son más que los inventos y la obra de artistas mundanos. Son yugos sin restricción y cruces que nunca crucifican. Un montón de ellos dejaría a un hombre tan vivo en la carne como lo encontró. Los hombres se sacarían los sesos con ellas antes que sus pecados; y esto, me temo, que ya se sabe en la conciencia de los que las usan y las adoran.

Tampoco es una vida aislada (la justicia pretendida de algunos que se encierran en monasterios y conventos) más encomiable, ni un paso más cerca de la naturaleza de la verdadera cruz; porque, aunque esto no es ilícito, tampoco es natural, y la religión verdadera no lo enseña. El verdadero convento o monasterio cristiano está adentro, donde el alma se enclaustra del pecado. Y los verdaderos seguidores de Cristo llevan consigo esta casa religiosa, no absteniéndose de las interacciones con el mundo, aunque se guardan de sus males.

Pero la vida del monasterio es un tipo de abnegación ocioso y poco productivo, que es gravoso para los demás. Hombres y mujeres son encerrados adentro no sea que afuera hagan el mal, aprendiendo una especie de paciencia por la fuerza, una abnegación contra su propia voluntad, evitando la tentación en lugar de aprender a ser fieles y constantes en ella. No es un gran logro si no cometen los pecados que no son tentados a cometer; porque el corazón no desea lo que el ojo no ve.

La cruz de Cristo es de otra naturaleza. Realmente vence al mundo y conduce a una vida de pureza frente a las tentaciones. Quienes la llevan no se encadenan así por temor a morder; ni se encierran, no sea que se roben su fe. Reciben poder de Cristo, su capitán, para resistir el mal y hacer lo que es bueno ante los

ojos de Dios. De hecho, renuncian al mundo y aman su oprobio por encima de su alabanza. No ofenden a los demás, al contrario, aman a los que los ofenden. ¿Qué mundo tendríamos si todos, por temor a transgredir, se enjaulan detrás de cuatro paredes? No, la perfección de la vida cristiana se extiende hacia cada trabajo y comercio honesto que se usa entre los hombres. Tal severidad no es el efecto del Espíritu libre de Cristo, sino de una humildad voluntaria y carnal—grilletes fabricados y colocados por el hombre, sin prescripción ni razón.

Los monasterios y los conventos son sus propios legisladores y establecen sus propias reglas, castigos y penitencia, una severidad forzada que no concuerda con el resto de la creación. Porque la sociedad es uno de los grandes propósitos para la creación, y no debe ser destruida por temor al mal. Es el pecado que la arruina, el que debe ser desterrado, mediante la reprensión continua y el destacado ejemplo de la virtud probada. La verdadera piedad no aparta a los hombres de la sociedad, sino que les permite vivir mejor en ella, y estimula sus esfuerzos para repararla—“no escondiendo su luz debajo del almud, sino poniéndola sobre la mesa, en el candelero.”

Además, esas cosas son inventos egoístas, ya que debido a ellas los hombres huyen por sus vidas, dejando el mundo y permitiendo que se pierda. Los cristianos deberían más bien mantener el timón y guiar al barco a su puerto correcto; no huir silenciosamente de la nave por la parte de atrás, dejando a los que quedan sin piloto, para ser llevados por la furia de los tiempos malos sobre las rocas o arenas de la ruina.

Tomar la cruz de Jesús es un ejercicio mucho más interno. Es la vigilancia y disciplina del alma, en conformidad con la mente divina revelada en ella. ¿No sigue el cuerpo al alma, y no el alma al cuerpo? Considera pues, que ninguna celda externa puede proteger al alma de los deseos o a la mente de sus infinitas imaginaciones injustas. “Los pensamientos del corazón de los hombres son de continuo solamente el mal.”¹⁴ El mal viene de adentro, y no de afuera. ¿Cómo, pues, podría una aplicación externa remover una causa interna? O, ¿cómo podría una restricción impuesta al cuerpo limitar la actividad de la mente?

Examina, oh hombre, tu fundamento, qué es y quién te puso allí; no sea que al final resulte que has puesto un engaño eterno en tu propia alma. Debo confesar que estoy ansioso por la salvación de mi propia especie. Habiendo encontrado misericordia con mi Padre celestial, no quisiera que ninguno se engañe a sí mismo para su perdición, especialmente sobre la religión, donde las personas son más propensas a dar todo por hecho, y perder infinitamente por su auto-adulación y negligencia.

La justicia interna e inmutable de Jesús es algo muy diferente de todas las devociones inventadas del pobre hombre supersticioso; y ser aprobado delante de los ojos de Dios sobrepasa todos los ejercicios corporales en la religión que resultan de la invención de los hombres. El alma que es despertada y

14 Génesis 6:5

preservada por Su santo poder y Espíritu vive para Él en el camino de Su propia institución, y lo adora en Su propio Espíritu—es decir, en el sentido, vida y dirección santos del mismo—lo cual en efecto es la verdadera adoración evangélica.

No es mi intención menospreciar el verdadero retiro cristiano; porque no sólo reconozco, sino que admiro la soledad. Cristo mismo fue un ejemplo de ello. Él amaba y escogía frecuentar muchas montañas, huertos y costas solo. De hecho, es un requisito para el crecimiento de la piedad, y yo reverencio la virtud que la busca y la usa, deseando que hubiera más en el mundo. Pero esto debería ser voluntario y no forzado.

Capítulo VI

La Adoración Espiritual

Hay otros de una opinión más refinada y de una práctica más reformada, que no se atreven a utilizar (mucho menos a adorar), un pedazo de madera o piedra, o una imagen de plata u oro; quienes no permitirán esa extravagancia que otros practican en su adoración, como si la adoración de Cristo fuera de este mundo, aunque Su reino sea de otro. Sin embargo, aunque estos son doctrinalmente contrarios a tales supersticiones, no dejan de inclinarse ante sus propios deberes religiosos, mientras estiman esas cosas que van contra la corriente de su comodidad carnal como una cruz demasiado grande para soportar. Porque si se abstienen de los pecados evidentes y escandalosos, o si el acto no se consuma, aunque los malos pensamientos de dicho acto son abrazados (de modo que tienen plena libertad en la mente), se consideran lo suficientemente salvos, dentro de los límites del discipulado y del cristianismo. Pero esto también queda muy corto de la verdadera disciplina de la cruz de Cristo, y aquellos que se engañan a sí mismos llevando esta cruz falsa, al final, serán decepcionados por un fundamento arenoso, y con el clamor del Esposo a la medianoche. Porque Cristo dijo, “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.”¹

No es la realización de deberes religiosos lo que Dios considera, sino la fuente de lo que se hace. Los hombres pueden (y algunos lo hacen) contradecir sus propias voluntades en sus propias voluntades—una omisión o comisión voluntaria. Pero “¿Quién demanda esto de vuestras manos?”² fue lo que Dios les dijo a los judíos de antaño, cuando parecían ansiosos por servirle, pero según sus propias ideas e inventos, y en su propio tiempo y voluntad. Estos no se acercaban con un alma verdaderamente tocada y preparada por el poder divino de Dios, sino solo con una adoración corporal, que el apóstol nos dice que es poco

1 Mateos 12:36

2 Isaías 1:12

provechosa. ¡Ay! No aferrarse a la cruz en la adoración (así como en otras cosas) ha sido la gran causa de la superstición perjudicial que todavía existe en el mundo. Porque los hombres no han llevado su adoración a la luz más que sus pecados! De hecho, han considerado ignorantemente su adoración como una especie de excusa para sus pecados, nunca considerando que sus acciones religiosas necesiten una cruz, o una defensa.

Un Corazón Preparado para Adorar

La verdadera adoración solo puede surgir de un corazón preparado por el Señor—una preparación que es mediante la santificación del Espíritu Santo. Porque ciertamente, si los hijos de Dios deben ser guiados por este Espíritu en el curso general de sus vidas como lo enseña Pablo, cuánto más debería ser este el caso en su adoración a su Creador y Redentor. Cualquier oración que se ofrezca, o doctrina que se predique, que no provenga de la preparación del Espíritu Santo, no es aceptable para Dios, ni puede ser la verdadera adoración del evangelio que es en espíritu y en verdad. Porque ¿qué son las palabras elocuentes y apasionadas para el Dios Todopoderoso; o la dedicación de cualquier lugar o tiempo a Él? Él es un espíritu, para quien las palabras, los lugares y los tiempos (si se consideran debidamente) son impropios o inadecuados. Aunque son los instrumentos de la adoración pública, no son más que corporales y visibles, y no pueden hacer que nuestras peticiones influyan más con Dios, mucho menos abogar por ellas ante el Invisible Creador. Las palabras son para el bien de la congregación, pero es el lenguaje del alma lo que Dios escucha. El alma tampoco puede gemir ni hablar adecuadamente al Dios Todopoderoso, salvo por la ayuda de Su Espíritu. El alma del hombre, sin importar cuán viva esté en otras cosas, está muerta para Dios hasta que Él sople el Espíritu de vida en ella; sin el Espíritu, el alma no puede vivir para Él, y mucho menos adorarlo. Por lo tanto, Dios (por medio del profeta Ezequiel) nos dice en una visión acerca de la restauración de la humanidad: “He aquí yo abriré vuestros sepulcros y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis.”³

Ahora, el hecho de que Cristo enseñó a Sus discípulos a orar no es un argumento contra esto, porque el asunto no es si los hombres pueden repetir Sus palabras (como ahora se practica con demasiada superstición y presunción), sino si pueden decirlas con el mismo corazón, y bajo las mismas cualificaciones con las que Sus pobres discípulos y seguidores las dijeron. Porque tanto los discípulos de aquel entonces como los verdaderos discípulos ahora, no deben orar sus propias oraciones, sino más bien las de Él, según Él los capacite.

Ahora consideren, si se nos dijo que no nos preocupáramos por lo que diremos cuando nos presentemos ante príncipes mundanos, porque en ese momento nos será dado; y si en aquel momento “no somos nosotros los que hablamos, sino el Espíritu de nuestro Padre que habla en nosotros,”⁴ entonces, mucho

3 Ezequiel 37:12, 14

menos nuestra habilidad, estudio, y retórica naturales serán aceptados cuando nos acerquemos al gran Príncipe de príncipes, Rey de reyes y Señor de señores. Es Su ayuda lo que necesitamos, y nos la dará si realmente somos Sus hijos. Porque no solo la boca del cuerpo, sino la boca del alma está cerrada hasta que Dios la abra; pero al ser abierta por Su Espíritu, Él ama oír el lenguaje de ella. De hecho, Su oído está abierto a todas esas peticiones, y Su Espíritu intercede fuertemente por los que las ofrecen; pero el cuerpo nunca debe comenzar la oración antes que el alma.

Pero, se podría preguntar: ¿Cómo se obtendrá esta preparación? Respondo: esperando pacientemente, aunque vigilante y fervientemente en Dios. “Oh Señor,” dice el salmista, “El deseo de los humildes oíste, Tú dispones su corazón, y haces atento Tu oído.”⁵ Ustedes no deben pensar sus propios pensamientos, ni hablar sus propias palabras, sino retirarse de todas las imaginaciones confusas que tienden a abarrotar y presionar la mente; este verdaderamente es el silencio de la santa cruz. No piensen ganar el amor del Todopoderoso con un tema bien estudiado, puesto en la frase más elocuente. No, un solo gemido, un solo suspiro de un alma afligida, un corazón tocado con verdadero remordimiento, o una tristeza sincera y piadosa que es obra del Espíritu de Dios, excede y prevalece con Dios.

Por lo tanto, permanezcan quietos en su mente y esperen sentir algo de Dios que los prepare y disponga para adorarlo de manera verdadera y aceptable. Así, tomando la cruz, y cerrando las puertas y ventanas del alma contra todo lo que interrumpiría su espera en Dios—sin importar cuán placentero pueda ser el objeto en sí mismo, o cuán lícito o necesario sea en otro momento—el poder del Todopoderoso irrumpirá y Su Espíritu preparará el corazón para que pueda ofrecer un sacrificio aceptable. Él es quien le revela al alma sus verdaderas necesidades, y quien se las hace sentir; y cuando el alma clama, solo Él puede suplirlas. Las peticiones que no surgen de ese sentido y preparación son formales y ficticias; no son verdaderas. Porque los hombres oran en sus propios deseos ciegos y no en la voluntad de Dios, y Su oído está tapado para tales cosas. En cambio, por el mero suspiro del pobre y el clamor del necesitado, Dios ha dicho que se levantará. Sí, por los pobres en espíritu, las almas desesperadas, aquellos que necesitan Su ayuda, quienes están casi abrumados, que sienten su necesidad y claman en voz alta por un redentor, y que no tienen a nadie en la tierra que los ayude, “ninguno en el cielo sino a Él, ni nada en la tierra fuera de Él”⁶—a estos Él libraré. Redimiré su alma del engaño y la violencia, y su sangre será preciosa ante Sus ojos. “Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende.”⁷ Él invita a todos a venir y probar cuán bueno es Él. Sí, Él “benedecirá a los que temen al Señor, a pequeños y a grandes.”⁸

4 Mateos 10:20

5 Salmos 10:17 RV1602P

6 Salmos 73:25 Traducción Literal Inglés

7 Salmos 34:6-7

8 Salmos 115:13

Pero, ¿qué es todo esto para aquellos que no tienen hambre? Los sanos no tienen necesidad de médico; los llenos no tienen necesidad de gemir, ni los ricos de pedir ayuda. Aquellos que no son sensibles de sus necesidades internas, que nunca han sido oprimidos por el miedo y el terror, ni han sentido la necesidad de que el poder de Dios los ayude, ni de que la luz de Su rostro los consuele— ¿Qué tienen que ver estos con la oración? Su devoción es, en el mejor de los casos, una burla al Todopoderoso. No saben, ni necesitan, ni desean aquello por lo que oran. Oran para que se haga la voluntad de Dios, y, sin embargo, hacen constantemente la suya. Piden gracia, pero abusan de la medida que tienen. Oran por recibir el Espíritu, pero lo resisten en sí mismos, y lo desprecian en otros. Ruegan por las misericordias y la bondad de Dios, pero no sienten una necesidad verdadera de ellas. En esta insensibilidad interna, son tan incapaces de alabar a Dios por lo que tienen, como de orar por lo que no tienen. Está escrito, “Alabarán a Jehová los que le buscan; porque sacia al alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta.”⁹ Esto también está reservado para los pobres y necesitados, y para aquellos que temen a Dios. “El pobre [espiritualmente] y el menesteroso alabarán tu nombre. Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, descendencia toda de Jacob.”¹⁰ Jacob era un hombre simple, de corazón recto; y los que son semejantes a él son su simiente. Y a pesar de que pueden ser, como Jacob, tan pobres como gusanos en sus propios ojos, aun así, reciben poder para luchar con Dios y prevalecer como él lo hizo.

Sin la preparación y la consagración que vienen de este poder, ningún hombre es apto para presentarse ante Dios; de otro modo, sería un asunto de menos santidad y reverencia adorar a Dios en el tiempo del Evangelio de lo que era en el de la ley, cuando todos los sacrificios se rociaban antes de que se ofrecieran y los que ofrendaban eran consagrados antes de acercarse al Señor. Si tocar a un animal muerto o inmundo los incapacitaba para servir en el templo o hacer un sacrificio, o inclusive para socializar con los limpios hasta que primero fueran rociados y santificados, ¿cómo podemos menospreciar la adoración instituida por Cristo en los tiempos del Evangelio, creyendo que permite ofrendas no preparadas ni santificadas? ¿Pueden aquellos, que tocan diariamente (en sus pensamientos, palabras o acciones) lo que es moralmente inmundo, adorar apropiadamente al Dios puro sin venir a la sangre de Jesús que purifica la conciencia de obras muertas? ¡Es una completa contradicción! Lo inmundo no puede adorar aceptablemente lo que es santo; ni lo impuro adorar lo que es perfecto. Hay una unión y comunión santa entre Cristo y Sus seguidores; pero no hay ninguna en absoluto, entre Cristo y Belial, entre Él y los que desobedecen Sus mandamientos, y desprecian Su bendita cruz y la abnegación.

Y al igual que con el pecado, la formalidad no puede adorar a Dios, incluso cuando la manera de hacerlo sea instituida por Dios. Esto hizo al profeta clamar, “¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide

9 Salmos 22:26; 107:9

10 Salmos 74:21; 22:23

Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”¹¹ El profeta real, consiente de esto, invoca a Dios de esta manera: “Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza.”¹² No se atrevía a abrir sus propios labios, porque sabía que así no podía alabar correctamente a Dios: “Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría.” Si mis ofrendas legales sirvieran, no las querrías; porque “No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.”¹³ Y ¿Por qué? Porque esta es la obra de Dios, el efecto de Su poder; y Sus propias obras lo alabarán.

Dios Mismo habla algo parecido por medio de la boca de Isaías, en oposición a las formalidades y a la adoración de boca de los judíos degenerados. “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”¹⁴ He aquí el verdadero adorador!—uno preparado por Dios, circunciso de corazón y oído, que no resiste al Espíritu Santo, como lo hicieron aquellos altivos judíos profesantes. Y viendo que esto era así en aquel entonces, en el tiempo de la Ley (que fue la dispensación de ceremonias externas y sombrías), ¿podemos esperar aceptación sin la preparación del Espíritu en estos días del Evangelio, que es el tiempo designado para el derramamiento del Espíritu? De ninguna manera! Dios sigue siendo lo que era; y Sus verdaderos adoradores son solo aquellos que lo adoran en Su propio Espíritu puro. Con estos es tierno como si fuesen la niña de Su ojo; el resto no hace nada mas que burlarse de Él.

Escuchen lo que sigue inmediatamente en Isaías, ya que es el estado de la cristiandad en este día: “El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Y porque escogieron sus propios caminos, y su alma amó sus abominaciones.”¹⁵ Que nadie diga ahora: ‘Nosotros no hemos presentado estos tipos de ofrendas,’ porque ese no es el punto. Dios no se ofendió con las ofrendas, sin con los que las ofrecían. Estas eran las formas legales de sacrificio designadas por Dios, pero puesto que el pueblo no las presentaba en ese estado de espíritu, ni bajo esa disposición del alma que se requerían, Dios declaró con mucha intensidad que las aborrecía.

En otro lugar, a través del mismo profeta, les declara, “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi

11 Miqueas 6:6-8

12 Salmos 51:15

13 Salmos 51:16-17

14 Isaías 66:1-2

15 Isaías 66:3

alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré.”¹⁶ Esta es una denuncia muy terrible de su adoración. ¿Y por qué? Porque sus corazones estaban contaminados. No amaban al Señor con todo su corazón, sino que quebrantaban Su ley, se rebelaban contra Su Espíritu y no hacían lo recto delante de sus ojos. La causa se ve claramente por el remedio que Él prescribe: “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.”¹⁷

Según estas condiciones y nada más, Él los invita a que se vuelvan a Él, y les dice que “si sus pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”¹⁸ Tan verdadero es ese notable pasaje del Salmista: “Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma. A Él clamé con mi boca, y fue exaltado con mi lengua. Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado. Mas ciertamente me escuchó Dios; atendió a la voz de mi súplica. Bendito sea Dios, que no echó de sí mi oración, ni de mí Su misericordia.”¹⁹

Esperando en el Señor

Mucho se podría citar para demostrar el enojo de Dios, incluso contra sus propias formas de adoración cuando se realizaban sin Su Espíritu, y sin esa preparación de corazón necesaria en el hombre, que solo Él puede obrar o dar. Más que cualquier otro escritor del texto sagrado, esto más frecuente y enfáticamente nos es recomendado por el ejemplo del Salmista.

David, recordando repetidas veces sus grandes errores y la causa de ellos, y la forma en la que llegaba a ser aceptado por Dios y a obtener fuerza y consuelo de Él, frecuentemente se recordaba a sí mismo esperar en Dios. “Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación; en ti he esperado todo el día.”²⁰ Su alma tenía la mirada puesta en Dios por salvación, y para ser librada de las trampas y de los males del mundo. Esto muestra un ejercicio interno, una atención espiritual que no consistía en formas externas, sino en la ayuda divina interna.

Y en verdad, David tenía un gran estímulo para esperarlo, porque la bondad de Dios lo invitaba a ello, y lo fortalecía allí. Él dice, “Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y

16 Isaías 1:13-15

17 Isaías 1:16-17

18 Isaías 1:18

19 Salmos 66:16-20

20 Salmos 25:5

me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña.”²¹ El Señor apareció internamente para consolar el alma de David, la cual esperaba Su ayuda, para ser librada de las tentaciones y aflicciones que estaban a punto de abrumarla, y para recibir seguridad y paz. Por lo tanto, dice, “el Señor estableció mis pasos;”²² es decir, afirmó su mente en la justicia.

Antes de esto, cada paso que daba David lo hundía en el lodo, y apenas podía andar sin caerse. Las tentaciones lo asaltaban por todas partes; pero él esperaba pacientemente en el Señor con su mente retirada, vigilante y puesta en la ley y Espíritu de Dios, sintiendo al Señor inclinado hacia él. Su clamor sincero y desesperado entró en el cielo y prevaleció, y entonces vinieron el rescate y la liberación. En el tiempo de Dios, no en el de David, se le dio fuerza para atravesar sus pruebas y superar todas sus angustias. Por lo tanto, “fue puesto en su boca un cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.”²³ Sin duda, este fue un cántico hecho y puesto por Dios, y no por sí mismo.

En otra ocasión, lo encontramos clamando de esta manera: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?”²⁴ Esto va más allá de la formalidad, y no puede ser el producto de ninguna lección externa. Con esto podemos ver que la verdadera adoración es una obra interna, que el alma debe ser tocada y levantada en deseos celestiales por el Espíritu celestial, y que la verdadera adoración es en la presencia de Dios. “¿Cuándo vendré, y me presentaré?” No en el templo, ni con sacrificios externos, sino “delante de Dios”²⁵, en Su presencia. Las almas de los verdaderos adoradores deben ver a Dios y presentarse delante Él; y por esto ellos esperan, ellos anhelan esto, y tienen sed de esto.

Oh, cuánto se ha degenerado del ejemplo de David la mayor parte del Cristianismo! Y no es de extrañar, porque este buen hombre nos dice, “En Dios solamente espera en silencio mi alma;”²⁶ y le ordena a su alma que así lo haga; “Alma mía, espera en silencio solamente en Dios, pues de Él viene mi esperanza.”²⁷ Es como si hubiera dicho, ‘Nadie más puede preparar mi corazón o suplir mis necesidades. Mi esperanza no viene de mis propias obras voluntarias, ni de la adoración corporal que pueda rendirle—estas cosas no tienen valor; no pueden ni ayudarme, ni agradar a Dios. Pero espero en Él por la fuerza y el poder para presentarme de la manera que más le agrade; porque Aquel que prepara el sacrificio, ciertamente lo aceptará.’ En dos versículos repite tres veces, “Espero yo en Jehová;” “Espera mi alma;” “Mi alma espera al Señor, más que los centinelas a la mañana.”²⁸ Sí, él espera con tanta atención y con tal fervor del alma

21 Salmos 40:1-2

22 Salmos 40:2 RV1602P

23 Salmos 42:3

24 Salmos 42:1-2

25 Salmos 42:2

26 Salmos 62:1 LBLA

27 Salmos 62:5 LBLA

28 Salmos 130:5-6

que en un lugar dice, “Han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios.”²⁹ Él no estaba satisfecho con muchas oraciones, con una forma preestablecida de adoración, ni con mera repetición. No, no se rindió hasta que encontró al Señor y los consuelos de Su presencia, lo cual trajo la respuesta de amor y paz a su alma.

Tampoco esto era una práctica exclusiva de David, por ser un hombre más ungido de lo normal; porque él habla de ella como la forma de adoración del verdadero pueblo de Dios, el Israel espiritual, los circuncisos de corazón en su día. “He aquí, como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos esperan en Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros.”³⁰ En otro lugar dice, “Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es Él.”³¹ Y “esperaré en Tu nombre, porque es bueno, delante de tus santos.”³² Esta era la forma por la que los verdaderos piadosos de ese día llegaron a disfrutar de Dios y a adorarlo de manera aceptable.

Y a partir de su propia experiencia del beneficio de esperar en Dios, y de la práctica de los santos de esos tiempos, el salmista se lo recomienda a otros, diciendo, “Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová.”³³ Esperen con fe y paciencia, y Él vendrá a salvarlos. De nuevo, “Guarda silencio ante Jehová, y espera en Él.”³⁴ Entréguense completamente a Él; estén contentos, y esperen a que los ayude en sus necesidades. Ustedes no pueden ni imaginar cuán cerca está para ayudar a los que esperan en Él. Una vez más, nos aconseja, “Espera en Jehová, y guarda Su camino.”³⁵ He aquí la razón por la que tan pocos obtienen provecho—están fuera de Su camino, y tales personas nunca pueden esperar correctamente en Él. En cambio, David tenía un gran motivo para decir lo que dijo, pues recibió mucho consuelo y beneficio habiendo encontrado al Señor en Su bendito camino.

El profeta Isaías nos dice, que aunque la disciplina del Señor le causaba tristeza al pueblo debido a sus rebeliones, aun así “en el camino de Sus juicios,” es decir, en el camino de Sus reprensiones y correcciones, “Lo esperaban; Su nombre y Su memoria eran el deseo de su alma.”³⁶ Ellos estaban contentos de ser reprendidos y disciplinados, porque habían pecado; y el conocimiento de Dios de esta manera les era muy deseable. Pero, ¿No vino finalmente, y esto en misericordia también? Sí, lo hizo, y lo reconocieron cuando vino—una experiencia que el mundo carnal no conoce. “He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará.”³⁷ ¡Oh bendito gozo! ¡Oh preciosa confianza! Aquí hubo un esperar en fe que

29 Salmos 69:3

30 Salmos 123:2 Traducción Literal del Inglés

31 Salmos 33:20

32 Salmos 52:9

33 Salmos 27:14

34 Salmos 37:7

35 Salmos 37:34

36 Isaías 26:8

prevaleció. Toda adoración que no es en la fe es infructuosa para el adorador como también desagradable para Dios; cuya fe es don de Dios y su naturaleza opera para purificar el corazón y para darles a los que verdaderamente creen “victoria sobre el mundo.”³⁸

Pero ellos continúan: “hemos esperado por Él, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.”³⁹ Y el profeta añade, “bienaventurados todos los que esperan en Él”⁴⁰ ¿Y Por qué? Porque “los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán.”⁴¹ El estímulo es grande. ¡Oh escúchenlo una vez más! “Desde la antigüedad no habían escuchado ni dado oídos, ni el ojo había visto a un Dios fuera de ti que obrara a favor del que esperaba en Él.”⁴² ¡He aquí la vida y gozo interno de los justos, los verdaderos adoradores!—aquellos cuyos espíritus se han sometido a la aparición del Espíritu de Dios en ellos, dejando y abandonando todo lo que el Espíritu no aprobaba, y abrazando cualquier cosa a la que los llevaba.

En el tiempo de Jeremías, los verdaderos adoradores también esperaban en Dios, y él nos asegura que, “Bueno es Jehová a los que en Él esperan, al alma que le busca.”⁴³ Del mismo modo, el profeta Oseas exhortó a la iglesia a volverse y esperar en Dios: “Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y espera siempre en tu Dios.”⁴⁴ Y Miqueas se muestra muy celoso y resuelto en este buen ejercicio, diciendo: “Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.”⁴⁵ Así hicieron todos los hijos del Espíritu, quienes estaban sedientos por sentir a Dios internamente.

A Israel se le acusa en el desierto, como la causa de su desobediencia e ingratitud a Dios, que “no esperaron Su consejo.”⁴⁶ Y podemos estar seguros de que este es nuestro deber, y se espera de nosotros; porque Dios lo requiere en Sofonías: “Por tanto, esperadme, dice Jehová, hasta el día que me levante.”⁴⁷ Oh, que todos los que profesan el nombre de Dios esperen de esta manera, sin levantarse a adorar sin Él, sino esperando sentir Sus movimientos y levantamientos en ellos para prepararlos y santificarlos. Cristo les mandó expresamente a Sus discípulos que se quedaran en Jerusalén y esperaran hasta que recibieran la promesa del Padre, el bautismo del Espíritu Santo, con el fin de prepararlos para predicar el glorioso Evangelio de Cristo al mundo. Y aunque eso fue un derramamiento extraordinario para una

37 Isaías 25:9

38 1 Juan 5:4

39 Isaías 25:9

40 Isaías 30:18 Reina Valera de Gómez

41 Isaías 40:31

42 Isaías 40:31 LBLA

43 Lamentaciones 3:25

44 Oseas 12:6 RV1977

45 Miqueas 7:7

46 Salmos 106:13

47 Sofonías 3:8

obra extraordinaria, aun así, el grado no cambia la regla. Por el contrario, si se requería tanta espera y preparación por el Espíritu para capacitarlos para predicarles a los hombres, al menos un poco debe ser necesario para capacitarnos a nosotros para hablar con Dios.

Terminaré esta magnífica doctrina bíblica de esperar en el Señor, con ese pasaje en Juan acerca del estanque de Betesda. “Hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.”⁴⁸ Esta es una representación muy exacta de lo que se intenta exponer con todo lo que ha sido dicho acerca del asunto de esperar. Porque, tal como en aquel entonces existía una Jerusalén externa y legal, ahora hay una Jerusalén espiritual y del evangelio, la iglesia de Dios, compuesta de los fieles. El estanque en la antigua Jerusalén, en cierto modo, representaba esa fuente que ahora se encuentra abierta en la Nueva Jerusalén. Ese estanque era para aquellos que tenían enfermedades corporales; esta fuente es para todos los enfermos del alma. En aquel entonces, había un ángel que agitaba el agua para hacerla efectiva; ahora el ángel de Dios, el gran Ángel de Su presencia, es quien bendice esta fuente con éxito. Los que entraron al estanque antes, sin mirar al ángel ni tomar ventaja de su movimiento, no encontraron ningún beneficio en ello. Y los que ahora no esperan el movimiento del Ángel de Dios, sino que con una devoción de su propia concepción y tiempo corren delante de Dios como caballo a la batalla, con la esperanza de tener éxito, sin duda, estos tendrán sus expectativas frustradas.

Por lo tanto, al igual que aquellos que necesitaban y deseaban ser curados en ese entonces, tenían que esperar con toda paciencia y atención el movimiento del ángel, asimismo los verdaderos adoradores de Dios ahora lo hacen, quienes necesitan y oran por Su presencia, la cual es la vida de sus almas, así como el sol lo es para las plantas del campo. Estos a menudo han probado la esterilidad de su propia obra y ahora han llegado al verdadero Día de Reposo. No se atreven a ofrecer una invención propia, ni una petición no santificada, mucho menos a imponer una adoración corporal cuando el alma no está realmente alcanzada ni preparada por el Señor. En la luz de Jesús esperan ser preparados, retirados y sacados de todos los pensamientos que causan la más mínima distracción y desconcentración en la mente, hasta que se mueve el Ángel, y se despierta su Amado; porque no se atreven a llamarlo antes de Su tiempo. Temen inventar una devoción en Su ausencia, porque saben que no solo es infructífero, sino reprochable: “¿Quién demanda esto de vuestras manos?”⁴⁹ le dijo el Señor a Israel. “El que creyere, no se apresure.”⁵⁰

48 Juan 5:2-4

49 Isaías 1:12

50 Isaías 28:16

Aquellos que adoran con sus propios recursos, solo pueden hacer lo que hicieron los israelitas—convertir sus zarcillos en una imagen de fundición y terminan malditos por sus esfuerzos. Y no les fue mejor a los que recogían leña, encendían fuego y se rodeaban con las teas que habían encendido; porque Dios les dijo, “en dolor seréis sepultados.”⁵¹ Esto no solo es de ninguna ventaja o beneficio para ellos, sino que también incurre en un juicio del Señor; dolor y angustia del alma serán su porción. ¡Ay! La ‘carne y sangre’ está muy dispuesta a orar, pero no puede esperar. Está ansiosa por ser santa, pero no puede soportar hacer ni sufrir la voluntad de Dios. Con la lengua bendice a Dios, y con ella maldice a los hombres hechos a Su semejanza. Llama a Jesús Señor, pero no por el Espíritu Santo. A menudo usa el nombre de Cristo, sí, y se arrodilla también, pero no se aparta de la iniquidad que es abominable para Dios.

Cuatro Cosas Necesarias

Hay cuatro cosas necesarias para adorar a Dios correctamente, y cada una de ellas hace que la adoración esté fuera del alcance del poder del hombre. La primera es, la santificación del adorador. La segunda, la consagración de la ofrenda, de la cual ya hemos hablado. Tercero, por qué cosa orar—lo cual ningún hombre sabe sin la ayuda del Espíritu de Dios; y, por lo tanto, sin ese Espíritu, ningún hombre puede orar verdaderamente. El apóstol pone esto más allá de discusión, diciendo: “Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad.”⁵²

Los hombres que no conocen la obra y el poder del Espíritu Santo, no conocen la mente de Dios, y estos ciertamente nunca pueden agradecerlo con sus oraciones. No es suficiente sólo saber que tenemos necesidad, porque ¿cómo sabemos si nuestras necesidades no nos fueron enviadas como una bendición? —desilusiones para el orgulloso, pérdidas para el codicioso, azotes para el negligente. Orar que Dios remueva estas cosas sería asegurar nuestra propia destrucción, no colaborar con la salvación de nuestra alma.

El mundo vil conoce todas las cosas carnalmente, según una manera e interpretación carnal; y muchos que desean ser considerados iluminados son propensos a ponerles nombres incorrectos a estos dones de la providencia. Por ejemplo, llaman a las aflicciones juicios, y a las pruebas (que son más preciosas que su amado oro) las llaman miserias. Por otro lado, al reconocimiento del mundo le ponen el nombre de honor, y a sus riquezas llaman felicidad.

Por lo tanto, qué conservar, qué rechazar, qué querer, es una dificultad que solo Dios puede resolver en el alma. Y puesto que Dios sabe, mucho mejor que nosotros, lo que necesitamos, Él puede decirnos qué pedir, mejor de lo que nosotros podemos decirle a Él. Esto hizo que Cristo exhortara a Sus discípulos a evitar oraciones largas y repetitivas, diciéndoles que su Padre celestial sabía de qué cosa tenían necesidad

51 Isaías 50:11

52 Romanos 8:26

antes que le pidieran. Por lo tanto, les dio un patrón de oración; no (como muchos han imaginado) para que sea un texto para las liturgias humanas, que son tristemente famosas por la duración y la repetición; sino expresamente para reprobar y evitar tales cosas.

Sin embargo, cómo orar es aún más importante que qué orar; no es simplemente la petición sino el estado del espíritu del que pide. El 'qué' puede ser correcto, pero el 'cómo' defectuoso. Como dije, Dios no necesita que le digamos nuestras necesidades; de hecho, Él debe decírnoslas a nosotros. Sin embargo, desea que nosotros se las digamos, para que podamos aprender a buscarlo y para que pueda encontrarse con nosotros. "Miraré a aquel," dice el Señor. "que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra."⁵³ Él mira a los enfermos de corazón, a las almas afligidas, a los hambrientos y sedientos, a los cargados y cansados, a los que sinceramente necesitan de Su ayuda.

Pero incluso estas tres cosas no son suficientes en sí mismas para completar la verdadera adoración del Evangelio, porque un cuarto requisito debe tenerse, el cual es la fe—la fe verdadera, la fe preciosa, la fe que purifica el corazón, vence al mundo y es la victoria de los santos. Es esta fe la que vivifica la oración y la hace exitosa, como en el caso de la persistente viuda que no estaba dispuesta a ser rechazada, o a quien Cristo le dijo, "Oh mujer, grande es tu fe."⁵⁴

Sin embargo, esta fe no está en nuestro poder, porque es don de Dios y debemos recibirla de Él. Con un grano de ella se logra más, se experimenta más liberación y se recibe más bondad y misericordia, que con toda la actividad, el deseo y el esfuerzo del hombre, con todos sus inventos religiosos y sus prácticas corporales. Esto, debidamente considerado, mostrará fácilmente por qué tanta adoración le genera tan poco beneficio al mundo, como vemos que sucede; porque la verdadera fe se ha perdido. Ellos piden, pero no reciben; buscan, pero no hallan; tocan la puerta, pero no se les abre. El asunto es claro: sus peticiones no están mezcladas con esa fe purificadora por la cual prevalecerían, así como el buen Jacob luchó con Dios y prevaleció.

La verdad es que la gran mayoría de los profesantes del cristianismo todavía están en sus pecados, siguiendo los deseos de sus corazones y viviendo en placeres mundanos como extraños a esta fe preciosa. El autor de los hebreos nos dice que la razón por la que la palabra predicada al Israel de la antigüedad no tuvo provecho, fue porque no estaba "mezclada con fe en aquellos que la oyeron"⁵⁵ ¿Es posible entonces que un ministro predique sin fe? No, y mucho menos un hombre puede orar aceptablemente al Dios Todopoderoso sin fe, especialmente cuando se nos dijo que, "El justo por la fe vivirá."⁵⁶ Porque la adoración es el acto supremo de la vida del hombre, y todo lo que sea necesario en actos inferiores de religión, no debe faltar aquí.

53 Isaías 66:2

54 Mateo 15:28

55 Hebreos 4:2

56 Romanos 1:17

Esto debe disminuir el asombro en cualquiera en cuanto a por qué Cristo tan frecuentemente reprendió a Sus discípulos con las palabras, “Hombres de poca fe!” Sin embargo, nos dice que un grano de ella, aunque sea tan pequeño como una semilla de mostaza, si es verdadero y correcto, es capaz de remover montañas. Es como si hubiera dicho, ‘No hay prueba ni tentación demasiado fuerte que la fe no pueda vencer. Por lo tanto, aquellos que están cautivos por el pecado y las tentaciones, y todavía sus necesidades espirituales no son suplidas, deben carecer de esta poderosa fe.’ Tan necesaria era en la antigüedad, que Cristo no podía hacer muchas obras milagrosas donde las personas no creían en Él, aunque Su poder hacía maravillas en otros lugares en los que la fe había abierto el camino. De hecho, es difícil decir si era el poder por medio de la fe, o la fe por medio del poder, lo que hacía el milagro.

“¿Creéis,” dijo el Señor “que puedo abrir sus ojos?” “Sí, Señor,”⁵⁷ dijeron los ciegos, y entonces vieron. Cristo le dijo al gobernante, “No temas; cree solamente.”⁵⁸ Creyó, y su hija muerta recuperó su vida. A otro le dijo, “Al que cree todo le es posible” “Creo,” clamó el hombre, “ayuda mi incredulidad.”⁵⁹ Entonces el espíritu inmundo fue echado y el niño se recuperó. Le dijo a uno “Vete; tu fe te ha salvado;”⁶⁰ y a otra, “Tu fe te ha salvado; tus pecados te son perdonados.”⁶¹ Y a Sus discípulos, “De cierto os digo, que si tuviereis fe, y no dudareis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.”⁶² Solo este pasaje declara culpable a la Cristiandad de gran infidelidad; porque ora, y no recibe.

Algunos en esta generación incrédula excusarían su falta de fe, declarando que es imposible adquirir la fe que carecen. Pero la respuesta de Cristo a la infidelidad de Su época refutará bien la incredulidad de esta. “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.”⁶³ No es imposible para Dios dar fe verdadera, sin embargo, es cierto que “sin fe es imposible agradar a Dios.”⁶⁴ Y si es imposible agradar a Dios sin esta fe preciosa, sin duda debe ser imposible adorar u orar sin ella.

Pero alguien podría decir: ¿Qué es esta fe que es tan necesaria para la adoración, que da aceptación con Dios y retorna beneficio a los hombres? Yo digo, es una santa entrega a Dios y una confianza en Él, que se manifiestan por una obediencia verdadera a Sus mandamientos santos, y que además proporciona una evidencia segura para el alma de las cosas que no se ven, y un sentido y sabor de la sustancia de las cosas que se esperan. Puesto que esta fe es don de Dios, purifica los corazones de todos los que la reciben.⁶⁵ El

57 Mateos 9:28

58 Lucas 8:50

59 Marcos 9:23-24

60 Lucas 17:19

61 Lucas 7:48, 50

62 Mateos 21:21-22

63 Lucas 18:27

64 Hebreos 11:6

65 Hechos 15:9

apóstol Pablo testimonia que ella solo mora en una conciencia pura,⁶⁶ y en otro pasaje él une un corazón puro junto con la fe no fingida.⁶⁷ En otro lugar, encontramos la fe vinculada con una buena conciencia.⁶⁸ Santiago une la fe con la justicia, y Juan con la victoria sobre el mundo, diciendo, “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.”⁶⁹

Los herederos de esta fe son los verdaderos hijos de Abraham, aunque incircuncisos en la carne; porque estos siguen las pisadas de Abraham según la obediencia de la fe. Esta fe vive por encima del mundo, a donde ninguno puede llegar salvo a través de la muerte del “yo,” por medio de la cruz de Jesús y la dependencia total en Dios. Las hazañas de este don divino son famosas y el tiempo no alcanzaría para contarlas todas. Pero baste decir que, por ella los santos antiguos soportaron todas las pruebas, vencieron a todos los enemigos, prevalecieron con Dios, mostraron Su verdad, terminaron su testimonio y obtuvieron la recompensa de los fieles—la corona de justicia, que es la bendición eterna de los justos.

Capítulo VII

El Pecado del Orgullo

Habiendo así aliviado mi conciencia contra ese tipo de yo ilícito que busca ser un cristiano, un creyente y un santo, sin dejar de ser un extraño a la cruz de Cristo y al ejercicio santo de ella, y habiendo descrito brevemente la naturaleza de la verdadera adoración, y el uso y el papel de la santa cruz para hacerla agradable a Dios Todopoderoso; ahora (sí el Señor me ayuda) trataré más ampliamente con esa otra parte del yo ilícito, que llena el estudio, el cuidado y la conversación del mundo, presentado en estos tres deseos capitales: el orgullo, la codicia y la lujuria. De estos tres fluyen diariamente todas las otras maldades, como corrientes de sus fuentes correspondientes. El hacer morir estos males constituye la gran parte de la obra de la verdadera cruz, abriendo paso a la muy necesaria reforma del hombre para regresarlo a la humildad, a la templanza, al amor, a la paciencia, a la mente espiritual y a todas las otras gracias del Espíritu.

La atención y el amor de toda la humanidad están dirigidos o a Dios o a sí mismos. Aquellos que realmente aman a Dios por encima de todo, siempre están humillándose ante Sus mandamientos, y se aman a sí mismos solo en subordinación a Aquel que es el Señor de todo. Pero los que han rechazado este amor a

66 1 Timoteo 3:9 RV1602P

67 1 Timoteo 1:5

68 1 Timoteo 1:19, 1:5

69 1 Juan 5:4

Dios, son amadores de sí mismos; porque todo amor debe centrarse en uno de estos dos. El apóstol junta apropiadamente este excesivo amor propio con el mal del orgullo y la altivez; porque tan pronto como los ángeles abandonaron su amor, deber y reverencia a Dios, se amaron y se valoraron desmedidamente a sí mismos. Esto los llevo rápidamente a exceder su habitación apropiada y a aspirar más allá del orden de su creación. Sí, fue el orgullo lo que provocó la triste deserción y deprimente caída de aquellos que están encerrados en prisiones de oscuridad, reservados para el juicio del gran día de Dios.

El orgullo, ese mal peligroso, comúnmente conocido por sus motivaciones y tristes efectos en cada alma no crucificada, comenzó la miseria de la humanidad. El orgullo es un exceso de amor propio, unido a una subestimación de los demás y a un deseo de tener dominio sobre ellos; es lo más problemático del mundo. Hay cuatro cosas principales por las que el orgullo se ha dado a conocer en la humanidad, cuyas consecuencias han traído un grado de miseria igual a su maldad. La primera es una búsqueda excesiva de conocimiento. La segunda, una búsqueda y ansia ambiciosa en pos del poder. La tercera, un deseo extremo de respeto y estima personal. El último exceso es, el de las posesiones y adornos mundanos. Al testigo justo y verdadero del Dios eterno, puesto en las almas de todas las personas, apelo con respecto a la verdad de estas cosas.

Con respecto a lo primero es manifiesto que un deseo desmedido de conocimiento introdujo la miseria del hombre y trajo la caída universal de la gloria de su estado primitivo. Adán deseó ser más sabio de lo que Dios lo había hecho. No fue suficiente conocer a su Creador, ni darle ese santo homenaje al que su ser y su inocencia naturalmente lo llamaban y movían; tampoco tener un entendimiento mayor que el de todas las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; unido con un poder para gobernar sobre toda la creación visible de Dios. No, también quería ser tan sabio como Dios. Esta búsqueda injustificable, esta ambición tonta e injusta, lo hizo indigno de las bendiciones que recibió de Dios. Lo sacó del paraíso, y en lugar de ser señor del mundo entero, Adán se convirtió en el vagabundo más miserable de la tierra.

¿Qué triste cambio! En lugar de ser como dioses, cayeron debajo de las mismas bestias. La lamentable consecuencia de esta gran deserción ha sido un intercambio de la inocencia por la culpa y del paraíso por el desierto. Pero lo que es aún peor, en este estado Adán y Eva adquirieron otro dios, además del único Dios verdadero y vivo, es decir, aquel que los tentó a toda esta maldad, los dotó con un conocimiento vano y con una sabiduría peligrosa—la habilidad de mentir y evadir, de tergiversar, acusar y excusar. Perdieron su simpleza y sinceridad; y de un corazón recto (la imagen en la cual Dios lo había hecho), el hombre se convirtió en una serpiente perversa y retorcida, la imagen de ese espíritu injusto ante cuyas tentaciones cedió su obediencia y la felicidad que tenía en el paraíso.

Esto no se limita a Adán; porque todos los que se han quedados cortos de la gloria de Dios son verdaderos hijos de su desobediencia. Ellos, como él, han comido de lo que ha sido prohibido. Han hecho las cosas que no deberían hacer y dejado sin hacer las cosas que deberían hacer. Han pecado contra esa luz y conocimiento divino que Dios les ha dado. Han contristado Su Espíritu, y en efecto, la horrible sentencia

ha sido ejecutada—“el día que de él comieres, ciertamente morirás.” Es decir, ‘Cuando hagas lo que no debes hacer, no vivirás más en Mi favor, ni disfrutarás del consuelo y presencia de Mi Espíritu.’ Esto es una muerte a todos esos deseos y afectos inocentes y santos con los que Dios creó al hombre; y, por lo tanto, se volvió frío y se entumeció, y llegó a ser insensible al amor de Dios, a Su Espíritu Santo, a Su poder y sabiduría, a la luz y al gozo de Su rostro, a la evidencia de una buena conciencia y a la aprobación del Espíritu Santo de Dios.

Habiendo caído, el conocimiento que Adán tenía de Dios, ya no consistía en la experiencia diaria del amor y la obra de Dios en su alma, sino en el recuerdo de lo que alguna vez conoció y experimentó. Como esto no es de la sabiduría verdadera y viva que es de arriba, sino una mera imagen, no puede preservar al hombre en pureza; sino al contrario envanece y hace a las personas orgullosas, altivas e impacientes por la contradicción. Este era el estado de los judíos apóstatas antes de que Cristo viniera, y ha sido la condición de los cristianos apóstatas desde que vino. Además de la variedad de sus servicios externos, su religión consiste, o, en lo que alguna vez experimentaron de la obra de Dios en ellos mismos (una obra de la cual se han rebelado); o en una creencia histórica y en una concepción imaginaria de las experiencias y profecías de esos hombres y mujeres santos de Dios que, en todas las edades, han merecido el nombre y el reconocimiento de Sus verdaderos hijos.

Dicho conocimiento de Dios no puede ser verdadero, y por experiencia hallamos que siempre produce frutos bastante contrarios a la verdadera sabiduría. Porque como “la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, y benigna,” así el conocimiento de los hombres degenerados y no crucificados es primeramente impuro. De hecho, vino por la comisión del mal, y es sostenido en una conciencia o corazón impuro que desobedece la ley de Dios y diariamente hace las cosas que no debería hacer. Por esto las almas de los hombres están condenadas ante el tribunal de Dios, donde la luz de Su presencia escudriña las cosas más ocultas de las tinieblas, los pensamientos más secretos y las inclinaciones más escondidas de los hombres impíos. Sí, esta es una sabiduría falsa; y así como es impura, también es hostil, irritable y terca. Es apresurada, perversa, perseguidora y celosa de que nadie sea mejor, y, por lo tanto, odia y abusa a aquellos que lo son.

Fue este orgullo el que convirtió a Caín en un homicida; una característica malévola, llena de envidia y venganza. ¿Qué? ¿su religión y adoración no era tan buena como la de su hermano? Él tenía todas las partes externas de la adoración. Ofrendó tal como lo hizo Abel, y la ofrenda en sí misma podría haber sido igual de buena; pero parece que el corazón que la ofreció no lo era. Dios, desde hacía tanto tiempo, ya estimaba la adoración interna del alma. ¿Cuál fue la consecuencia de esta diferencia? El orgullo de Caín no pudo soportar que su hermano lo superara. Se enfureció y resolvió reivindicar su ofrenda vengando su rechazo sobre la vida de su hermano. Y sin tener en cuenta el afecto natural, o la baja y temprana condición de la humanidad, bárbaramente manchó sus manos en la sangre de su hermano.

La religión de los judíos apóstatas no era mejor; porque habiendo perdido la vida, el poder y el Espíritu de la ley en el interior, se envanecieron con el conocimiento que tenían. Sus pretensiones de Abraham, de Moisés y de las promesas de Dios, en esa condición, solo sirvieron para elevarlos a un orgullo, arrogancia y crueldad horribles. No pudieron soportar la verdadera visión cuando vino a visitarlos, y recibieron a los mensajeros de su paz como si hubieran sido lobos y tigres.

Es evidente cómo los falsos profetas, los grandes conspiradores contra los verdaderos, nunca dejaron de perseguirlos como los falsos; y por su influencia sobre los príncipes terrenales, o sobre la pobre seducida multitud, hicieron de otros hombres los instrumentos de su malicia. Así fue como un santo profeta fue aserrado, y otro apedreado hasta la muerte, etc. ¡Oh cuán orgulloso y obstinado es, tanto el conocimiento falso como todos los que se esfuerzan por alcanzarlo! De hecho, esto hizo que el santo Esteban clamara, “Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros.”

El conocimiento verdadero vino de arriba con la alegría de los ángeles, cantando “en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres;” y el conocimiento falso lo recibió con infamia y violencia. Sí, Lo apedrearón, y frecuentemente buscaban matarlo; y en su maldad, finalmente lo lograron. Pero ¿cuál fue su motivo? Que Él clamaba contra su hipocresía, contra sus ceremonias sin vida y contra el honor que buscaban de los hombres. De hecho, ellos mismos dan a conocer su motivo en las siguientes palabras: “Si Le dejamos así, todos creerán en Él;” ‘Quitará nuestro crédito con el pueblo; se unirán a Él y nos abandonarán, y así perderemos nuestro poder y reputación con la multitud.’

La verdad es que Él vino para abatir su honor y derrocar su orgulloso sistema religioso, y por Su gracia traer al pueblo a ese conocimiento interno de Dios, del que ellos, debido a su transgresión, se habían apartado hacía mucho. Entonces verían el engaño de sus guías ciegos quienes, por sus vanas tradiciones, habían hecho nula la justicia de Dios, y que estaban tan lejos de ser los verdaderos maestros y expositores vivos de ella, y que en realidad eran los hijos del diablo—quien ha sido un orgulloso mentiroso y un cruel homicida desde el principio.

Cristo, al ver cómo su orgullo en el conocimiento falso los había hecho incapaces de recibir la simplicidad del Evangelio, agradece a Su Padre el haber escondido sus misterios de los sabios y de los entendidos, y revelárselos a los niños. Esta misma sabiduría falsa hinchó las mentes de los Atenienses, a tal punto que despreciaron la predicación del apóstol Pablo como algo vano y tonto. Pero este apóstol (quien más que los otros apóstoles, fue educado en el aprendizaje de aquellos tiempos), critica duramente esa sabiduría que los judíos y los griegos valoraban tanto, diciendo: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” Y luego da una buena razón para ello, “Para que ninguna carne se jacte en su presencia.” Lo cual quiere decir que Dios anulará el orgullo de los hombres en su conocimiento falso, para que no tengan nada de que jactarse; porque todo dependerá de la revelación del Espíritu de Dios.

De hecho, el apóstol va aún más allá y afirma que “el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría;” es decir, la sabiduría del hombre estaba tan lejos de ser una ayuda, que como los hombres la usaban, era un tropiezo para el conocimiento verdadero de Dios. Y en su primera epístola a su amado Timoteo, concluye de esta manera: “Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de lo falsamente llamado conocimiento.” Así era en los tiempos de los apóstoles, cuando la gracia divina daba el conocimiento verdadero de Dios, y era la guía de los cristianos.

Pero ¿cuánto éxito han tenido las edades que siguieron a los apóstoles? ¿Han superado en algo los tiempos de los judíos? ¡Ay, de ninguna manera! De hecho, han excedido a los judíos tanto en sus pretensiones de un conocimiento mayor, como en su degeneración de la verdadera vida cristiana. Porque aunque tuvieron un Patrón mucho más excelente que los judíos, a quienes Dios les habló a través de Moisés Su siervo—a saber, Cristo, el Hijo amado, la imagen misma de la sustancia del Padre, la perfección de toda mansedumbre y humildad—y aunque parecían adictos a la adoración de Su nombre, y a la veneración de Sus benditos discípulos y apóstoles; aun así, tan grande fue su deserción del poder y vida interior del cristianismo en el alma, que su reverencia probó ser nada más que formal y ceremoniosa. A pesar de que ellos, al igual que los judíos, eran celosos en cuanto a la decoración de sus sepulcros y se ocupaban en tallar sus imágenes; sin embargo, con respecto a las cosas grandes e importantes de la ley de vida cristiana—a saber, el amor, la humildad y la abnegación—estaban degenerados. Llegaron a ser altivos, orgullosos, jactanciosos, sin afecto natural, entrometidos y contenciosos, todo el tiempo desconcertando a la iglesia con preguntas confusas, llenando a las personas de disputas, contienda y riña, atrayéndolas hacia sectas y divisiones hasta que finalmente cayeron en un baño de sangre.

¡Oh! el estado miserable de estos supuestos cristianos quienes, en lugar de la doctrina de Cristo y sus apóstoles de amar a los enemigos y de bendecir a los que los maldicen, enseñan a las personas (bajo una noción de celo cristiano) a matarse el uno al otro de la forma más inhumana. Y en lugar de permitir que su propia sangre sea derramada por el testimonio de Jesús, derraman la sangre de Sus testigos, llamándolos herejes. Así esa sutil serpiente, o astuto espíritu maligno, que tentó a Adán fuera de la inocencia, y persuadió a los judíos a abandonar la ley de Dios, ha engañado a los cristianos con vanidades ilusorias para que se aparten de la ley de santidad cristiana. En consecuencia, se han vuelto sus esclavos; porque él gobierna en los corazones de los hijos de desobediencia.

Fue este orgullo (que siempre es seguido por la superstición y la obstinación), el que hizo que Adán buscara un estado superior al que Dios lo había colocado. Los judíos, a partir del mismo orgullo, intentaron superar el patrón sagrado dado por Dios a Moisés en el monte, enseñando como doctrinas sus propias tradiciones, a tal punto que aquellos que rehusaban conformarse a ellos corrían el riesgo de la muerte. Asimismo, los cristianos de nombre, a partir del mismo pecado del orgullo, con gran superstición y arrogancia, han introducido, en lugar de una adoración y disciplina espiritual, algo que es evidentemente

ceremonioso y mundano, con sus grandes innovaciones y tradiciones de hombres, que son el fruto de la sabiduría que es de abajo.

Y tal como este orgullo injustificable, primero los hizo pervertir la espiritualidad de la adoración cristiana, (haciéndola parecerse más a la religión figurativa de los judíos y a la adoración extravagante de los egipcios, que a la sencillez y a la simplicidad de la institución cristiana), así el mismo orgullo y arrogancia los ha impulsado a mantener su gran imagen por medio de todas las crueldades posibles. Las súplicas mansas y las protestas humildes de aquellos que se mantuvieron cerca de la pureza primitiva en la adoración y doctrina, no pudieron hacer que estos cristianos de nombre, dejarán de imponerles sus tradiciones. Sino que, a medida que los ministros y los obispos de estos cristianos degenerados se volvían más ambiciosos, codiciosos y extravagantes (pareciéndose más a la realeza mundana que a los seguidores crucificados y humildes de espíritu del bendito Jesús), así, casi todas las historias nos dicen con qué orgullo, crueldad, sangre, matanza y torturas inusuales y exquisitas, han perseguido a los santos miembros de Cristo. Los verdaderos cristianos llaman a estos, mártires; pero el clero (al igual que los judíos perseguidores), los ha llamado blasfemos y herejes—cumpliendo así la profecía de nuestro Señor. Sin duda, esos perseguidores son los lobos que el apóstol predijo que se levantarían entre ellos, no perdonando al rebaño de Cristo, después de que comenzara la gran caída; cuya apostasía fue predicha por él como algo necesario para la prueba de los fieles y la revelación del gran misterio de la iniquidad.

Concluiré este tema con la siguiente afirmación, que es una verdad innegable: dondequiera que el clero haya tenido más poder y autoridad, y la mayor influencia sobre los líderes y el estado, allí, ha habido mayor confusión, contención, derramamiento de sangre, encarcelamientos y exilios. Para probar esto, invoco el testimonio de los registros de todos los tiempos. Con respecto a nuestra época, lo dejo a criterio de los que aún viven; sin embargo, les ofrezco una denuncia que difícilmente puede ser cuestionada: las personas no se han convertido sino más bien se han corrompido hasta un grado lamentable. La adoración del cristianismo es visible, ceremoniosa y extravagante. El clero ambiciona los honores mundanos bajo el pretexto de promoción espiritual, haciendo que la ganancia terrenal sea la razón principal de su función. De esta manera, con su orgullo y avaricia (que el apóstol previó que serían sus trampas), estos han amontado una gran cantidad de ignorancia, miseria e impiedad sobre el cristianismo de nuestro tiempo.

El camino para la recuperación de esta deserción miserable es, llegar al conocimiento salvador de la verdadera religión, el cual es la experiencia de la obra divina de Dios en el alma, obtenida por la obediencia diligente a la gracia de Dios que aparece en tu propia alma. Esta gracia trae salvación, volviéndote del camino espacioso al camino angosto, de tus deseos a tu deber, del pecado a la santidad, de satanás a Dios. Debes ver y aborrecer el yo. Debes vigilar, orar, y ayunar. No debes mirar a tu tentador, sino a tu Preservador. Debes evitar las malas compañías, retirarte a la soledad y ser un peregrino puro en este mundo malvado. Así, llegarás al conocimiento de Dios y de Cristo que trae vida eterna al alma.

Fue la queja de Cristo en la antigüedad, “que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.” Si deseas ser un hijo de Dios, y un creyente en Cristo, debes ser un hijo de la luz. Debes traer tus obras a ella, y examinarlas con esa antorcha santa en tu alma, que es la lámpara del Señor que te muestra tu orgullo y arrogancia, y reprueba tu deleite en las modas vanas de este mundo.

La verdadera religión es una continua negación del yo; sí y de la religión del yo también. Es un lazo o vínculo firme en el alma con la santidad, cuyo fin es la felicidad, porque por ella los hombres llegan a ver al Señor. “Los puros de corazón,” dice Jesús, “verán a Dios.” El que llega a tomar el yugo de Cristo no se deja llevar por las tentaciones del diablo; de hecho, encuentra una alegría mucho más grande en su vigilancia y en su obediencia. Si Adán hubiese tenido su mente puesta en esa luz santa en el paraíso, más que en el anzuelo de la serpiente, y la hubiera mantenido en su Creador (el galardonador de la fidelidad), habría visto la trampa del enemigo y lo habría resistido. Entonces **Oh**, no te deleites en lo que es prohibido! No lo mires, si no quieres ser cautivado por ello. ¿Sometió Cristo Su voluntad a la de Su Padre, y, por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz y menospreció el oprobio de un nuevo camino nunca recorrido a la gloria? Tú también debes someter tu voluntad a la santa ley y luz de Cristo en tu corazón, y por la recompensa que Él pone delante de ti, soportar Su cruz y menospreciar el oprobio de ella. Muchos desean regocijarse con Él, pero pocos están dispuestos a sufrir con Él, o por Él. Están dispuestos a seguirlo por las tortas de pan, pero dejan la copa amarga de Su agonía. Sí, muchos magnifican Sus milagros, quienes aún tropiezan con la humillación de Su cruz. **Peró**, oh hombre! Lo que Él ha hecho por tu salvación, debes hacerlo por amor a Él—debes humillarte y estar contento con ser despojado, para que puedas seguirlo; no en el camino carnal y formal de la tradición y la instrucción vana del hombre, sino en “el camino nuevo y vivo,” que Jesús ha consagrado. Todos los que andan por este camino viajan hacia el descanso eterno de Dios, en el cual Él mismo ha entrado, quien es el santo y único bendito Redentor.

* * *

[La versión original de No Cruz, No Corona continúa mas allá de este punto tratando exhaustivamente con los pecados del orgullo, la avaricia y la lujuria, describiendo sus muchas ramas y frutos, y el efecto corruptor que tienen en el corazón del hombre. El tratado sin ediciones se puede encontrar en The Friend's Library, Vol. 1, o a través de varias fuentes en línea.]